



Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

Morir a tiempo

Un ex-agente de la CIA está en Miami contratando mercenarios negros. Como los altos mandos de la CIA tienen la sospecha de que este hombre está jugando sucio, deciden enviar allí a la agente Baby.



Lou Carrigan

Morir a tiempo

Brigitte en acción - 261

Archivo Secreto - 210

ePub r1.0

Titivillus 23-06-2019

Lou Carrigan, 1978

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





ARCHIVO SECRETO

Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

El helicóptero aterrizó dentro del recinto que comprendía el cuartel general de la CIA en Langley, muy cerca del gran edificio. Sin que las aspas se detuviesen, una mujer saltó del aparato, encogida, y en esta postura se alejó hasta abandonar el radio de acción de las enormes palas que podían decapitarla. Ya fuera de peligro, se volvió hacia el helicóptero, y saludó con un brazo, mientras el aire alzaba sus faldas y mostraba unas piernas de pasmosa belleza.

El helicóptero se elevó de nuevo, tras haber dejado en tierra, como sorprendente huevo, una pequeña maleta. Tras un último saludo al piloto, Brigitte Montfort, que sostenía con la mano izquierda su maletín rojo con florecillas azules, se acercó a recoger la maleta.

No debía pesar mucho, porque la alzó con gran facilidad. Se volvió hacia el edificio, y comenzó a caminar hacia allí, sin prisas. Pero no hacia la entrada principal, sino hacia una de las secundarias.

Seis minutos más tarde, sin que nadie hubiese puesto la menor objeción, la señorita Montfort llegaba ante la puerta del despacho que le interesaba. A partir de ese momento, las cámaras escondidas de televisión que controlaban todos los pasillos del edificio, dejarían de tenerla a su alcance. Es decir, que la imagen de Brigitte Montfort, agente N. Y. 7117, Baby, dejaría de llegar al Control Central, donde, por supuesto, a nadie se le ocurriría jamás la idea de molestar en lo más mínimo a aquella visitante de excepción.

De excepción, en el sentido de que si alguien tenía derecho a deambular por el edificio como le viniese en gana, ese alguien era la agente Baby.

La cual llamó a la puerta de aquel despacho, y tras mirar la luz verde que destelló en lo alto de la puerta, entró.

Al otro lado de la gran mesa de despacho, *mister* Cavanagh, jefe

del Grupo de Acción de la CIA, se puso en pie rápidamente y acudió a su encuentro, sonriendo. Brigitte dejó la maleta a un lado, sonrió también, y cuando Cavanagh llegó con la mano tendida, la ignoró, optando por besarle en ambas mejillas.

—¡Buenos días, señor! —saludó después, con su armoniosa y dulce voz.

—Yo diría que óptimos. —De pronto, el ceño de Cavanagh se frunció—. No la esperaba tan pronto, así que no he colocado a ningún agente para esperarla y ayudarla con su equipaje.

—Sólo son unas pocas cosas. ¿Pronto? Bueno, entendí que usted me estaba esperando, así que avisé a Simón, me recogió con el helicóptero, y aquí estoy.

—Sí, aquí está…, por fortuna. Tengo un caso que le interesará mucho, me parece. En mi opinión, es de escasa envergadura.

Brigitte miró, sorprendida, a su jefe directo.

—Una cosa no encaja con la otra. Si no tiene la suficiente envergadura para la agente Baby…, ¿por qué me ha llamado?

—El asunto es de escasa envergadura, pero me pareció que las características del personaje merecían su atención.

—¿Quién es ese personaje?

—Su nombre verdadero es Jacob Gilmore. Usted lo llamaría simplemente. Simón.

—Lo que no es lo mismo que llamarlo simplemente María… —sonrió la divina espía internacional, aludiendo a la famosa novela de éxito mundial—. No entiendo por qué me dice su nombre verdadero si es uno de nuestros compañeros, señor. Sabe muy bien que no quiero conocer sus nombres, que prefiero llamarlos, a todos, Simón.

—Por supuesto que lo sé. Pero no hay ni habrá problemas en este sentido con Jacob Gilmore, ya que hace años dejó de trabajar para la CIA.

—¡Oh! Entonces es un ex Simón.

—Sí. Tengo programada la proyección de su expediente. Lo pediré cuando usted guste.

—No veo que tengamos que esperar por ningún motivo.

Cavanagh asintió con la cabeza. Brigitte fue a sentarse en un sillón, delante de un televisor, y encendió un cigarrillo. Mientras tanto, Cavanagh ordenó por el intercomunicador que proyectasen

en su despacho el expediente de Jacob Gilmore, ex agente C. N. 1094.

Apenas tuvo tiempo de ir a sentarse en otro sillón, junto a Brigitte, cuando la pantalla del televisor se iluminó, y apareció en primer plano el rostro de un hombre, en colores. En el acto, Brigitte se dio cuenta de que aquella fotografía era antigua; sólo había que fijarse en el corte de cabello del hombre para comprenderlo. Un corte bien definido, pulcro, incluso quizá excesivo; el hombre tenía unos treinta años y resultaba agradable. Sus ojos eran oscuros, sus facciones un tanto angulosas, viriles, enérgicas. La boca, grande y sonriente, parecía contener con dificultades una sonrisa de pura guasa hacia el fotógrafo. En los oscuros ojos bailaban unas chispas de divertida malicia.

—Parece simpático y guasón —sonrió Brigitte.

—Sí… —asintió Cavanagh—. Pero escuchemos.

Del televisor brotaba ya la voz de uno de los locutores del archivo de la CIA:

—Jacob Thomas Gilmore, nacido en Carolina del Norte, en la localidad de Kinston, el diecisiete de setiembre de mil novecientos treinta. Padre: Thomas. Madre: Sarah. Hijo único. Infancia y pubertad normales, asiste a la Universidad de Carolina, termina graduándose de ingeniero, pero en ningún momento llega a trabajar en esta actividad. A los veintiséis años, esto es, en mil novecientos cincuenta y seis, ingresa en el FBI. Apenas un año más tarde, presenta la dimisión y ofrece sus servicios a la CIA. Tras las debidas pruebas de aptitud es admitido con puntuación nueve coma seis…

—¡Zambomba! —exclamó Brigitte.

—… Inmediatamente, Jacob Gilmore es sometido a entrenamiento especial. Al ingresar hablaba ya francés, español e italiano. En nuestro centro de adiestramiento aprende el ruso con extraordinaria rapidez. Presta servicios de alto valor en Sudamérica, y, en mil novecientos sesenta, cuando en Europa surge la necesidad de un agente totalmente desconocido en ese continente, pero que hable el ruso con soltura, es enviado allá, donde cumple su cometido en determinada misión a plena satisfacción del Señor Europa. De regreso a América, continúa laborando en misiones siempre relacionadas con Latinoamérica, debido a sus conocimientos del idioma, cada vez más profundos. En mil

novecientos sesenta y uno toma parte en la invasión de la Bahía de los Cochinos, y es capturado. Su rescate se produce al mismo tiempo que el de los demás prisioneros, por los que se pagó la suma de cincuenta millones de dólares al Gobierno cubano. De regreso a Estados Unidos, Jacob Gilmore obtiene una temporada de descanso y recuperación. Posteriormente, es enviado a Guatemala, donde opera tres meses. Luego a Panamá, donde opera otros tres meses, siempre a plena satisfacción. En agosto de mil novecientos sesenta y tres, se le acepta la dimisión. Resumen de Jacob Thomas Gilmore.

La pantalla se apagó. Brigitte se quedó mirándola con el ceño fruncido, y con este gesto se volvió a mirar a Cavanagh.

—¿Eso es todo? —inquirió.

—En resumen, sí. Su expediente completo obra en Archivo, y si lo desea, pediré que nos lo lean. O puede bajar usted misma a leerlo, naturalmente.

Brigitte apagó el cigarrillo en un cenicero de la mesita de centro y quedó pensativa unos segundos.

—¿Qué ocurre ahora con Jacob Gilmore?

—Está contratando mercenarios negros.

Baby respingó. Luego, entornó los ojos.

—¿Por orden de la CIA?

—Desde luego que no.

—¿Dónde está reclutando a esos mercenarios negros?

—En Miami.

—Ya. Supongo que la CIA sabe que en Miami hay algunos cubanos que están contratando mercenarios negros.

—Sí, claro, lo sabemos.

—Y según parece, eso no les preocupa.

—Pues, no… No.

—En cambio, sí parece preocuparles que Gilmore esté haciendo lo mismo. Salvo un gran error informativo por mi parte, esos cubanos que están contratando mercenarios negros, lo hacen para enviarlos a luchar a Angola. ¿Sabe esto la CIA?

—Claro que lo sabe —sonrió Cavanagh.

—Claro. Pero no oficialmente, ¿verdad? Quiero decir que oficialmente, la CIA no tiene nada que ver en esto.

—En efecto. Son unos cuantos cubanos los que están contratando negros para enviarlos a luchar a Angola. ¿Qué tiene

que ver la CIA con esto?

Se quedaron mirándose, sonrientes, pero un tanto fruncido el ceño por parte de Brigitte.

—Bueno, según entiendo, la CIA, *que no tiene nada que ver con la contratación de mercenarios negros en Miami por parte de algunos cubanos*, se desentiende de este asunto. Pero se interesa por el hecho de que uno de sus ex agentes esté contratando, también, mercenarios negros con el mismo fin. ¿Por qué esa preocupación? Si unos cuantos cubanos pueden contratar mercenarios, también puede hacerlo un norteamericano, ¿no le parece, señor?

—No nos gusta.

—¡Ah! ¿Por qué?

—Si hay negros dispuestos a contratarse para ir a luchar como mercenarios a Angola, ya los contratarán los cubanos.

—Me parece bien. Pero ¿por qué no puede hacerlo también Jacob Gilmore?

—No nos gusta.

—Eso ya lo ha dicho antes. ¿Qué más?

—Tenemos la impresión de que Gilmore está jugando sucio.

—¿En qué sentido?

—Usted sabe bien que Estados Unidos no quiere complicarse la vida con Angola, como hizo con Vietnam. Por lo tanto, nos estamos asegurando de que las cosas rodarán como a nosotros nos gusta y nos conviene… La intervención de Jacob Gilmore nos inquieta. No sabemos para quién trabaja, ni de dónde ha sacado el dinero para contratar a esos hombres, ni de qué medios dispone para enviar esos negros a Angola…

—Quizá ha estado ahorrando desde que abandonó la CIA… ¿En qué ha estado trabajando todos estos años?

—En nada.

—¿Cómo, en nada?

—En nada. Desde que se le aceptó la dimisión, Gilmore no ha trabajado en nada.

—Entonces… ¿de qué ha vivido? ¿De qué vive?

—Nunca hemos podido saberlo.

—¿Debo entender que ese hombre lleva doce años y pico sin trabajar…, pero viviendo espléndidamente?

—No, eso no. Más bien ha estado viviendo como un cerdo.

—¿Como un cerdo?

—Siempre con los dólares justos para salir de los apuros en el momento justo. No sabemos de dónde ha estado obteniendo el dinero. Poco, pero no parece que se le vaya a terminar nunca.

—Ya. ¿Por qué ha dicho usted que ha estado viviendo *como un cerdo*? Ser pobre no es ser un cerdo, creo yo.

—Por supuesto que no. Pero Gilmore sí ha estado viviendo como un cerdo: sucio, borracho, degenerado… Ha sido lo bastante inteligente para no ir a parar nunca a la cárcel, pero le aseguro que lo ha merecido en varias ocasiones. Al parecer, no se droga, pero no me sorprendería que cualquier día se iniciase en ello.

—Es decir, que vive en un constante declive físico y moral.

—No se puede decir mejor —asintió Cavanagh.

—¿Y no sabemos por qué?

—No.

—¿Sabemos por qué presentó la dimisión casi un año después de ser rescatado de los cubanos?

—No.

—Veamos… La invasión de la Bahía de los Cochinos tuvo lugar en abril de mil novecientos sesenta y uno…, y la liberación de los hombres que fueron hechos prisioneros entonces se produjo en diciembre de mil novecientos sesenta y dos. El total de rescatados fue de mil ciento setenta y nueve. Uno de ellos era Jacob Gilmore… Es decir, que estuvo prisionero en Cuba durante año y medio, aproximadamente.

—Sí.

—¿Se sabe lo que estuvo haciendo en Cuba durante ese año y medio de cautiverio?

—Nada especial. Lo mismo que los demás prisioneros.

—¿Tenía fortuna propia cuando ingresó en el FBI o en la CIA?

—No. Y no creemos que durante el tiempo que estuvo trabajando con nosotros ahorrase como para vivir doce años sin trabajar.

—Sí, es curioso…

—En la Bahía de los Cochinos pasó algo que no consta en ninguna parte. Al menos, oficialmente… Quiero decir que cabe la posibilidad de que el desembarco fuese un fracaso porque los

cubanos de Castro supieran de antemano que ese desembarco iba a producirse, por dónde y cuándo. E incluso cómo.

—¿La CIA ha estado todos estos años sospechando que Jacob Gilmore fue un traidor?

—Pudo ser cualquiera. O quizá no hubo traición, sólo mala suerte. De todos modos, considerando la extraña personalidad y circunstancias de vida actual de Jacob Gilmore, la CIA no va a quedarse con los brazos cruzados mientras él contrata mercenarios negros.

—Entiendo… —susurró Brigitte—. Lo que la CIA teme es que si Gilmore fue, entonces, un agente vendido al servicio secreto soviético o cubano, todos estos años haya estado viviendo de ello, y, posiblemente, haya seguido trabajando para uno de los dos o ambos. Y que, ahora, al contratar esos mercenarios negros, esté obedeciendo órdenes de Moscú o de La Habana…, con fines que, claro está, nos resultan imprevisibles. Posiblemente, por ejemplo, enviar esos negros a Angola como si fuesen parte del lote de mercenarios contratados por los cubanos anticastristas exiliados en Miami, y, en fin, provocar malentendidos o tensiones que Estados Unidos no está dispuesto a soportar.

—Exactamente. No nos gusta lo que está haciendo Gilmore. Y para serle sincero, se pensó en ejecutarlo… Pero a mí se me ocurrió que quizá conseguiríamos algo más positivo recurriendo a usted.

—¿A qué llama usted *positivo*?

—Bueno… Podemos obtener información por parte de Gilmore respecto al viejo asunto de la Bahía de los Cochinos, también sobre su ocupación y propósitos actuales, para quién está trabajando y con qué límite de financiación cuenta, cuántos mercenarios piensa contratar, para qué, cómo los enviará, adonde… En definitiva, nos interesa un poco saber si ocurrió algo importante en Cuba hace quince años, y, sobre todo, si esos mercenarios negros van a ser enviados a Angola a hacer qué cosa… y en nombre de quién. ¡Oh, bueno!, también se trata de que si usted consigue hacer razonar a Gilmore, no tendremos necesidad de eliminarlo.

—Es muy generoso por parte de la CIA tener tantísimas atenciones hacia uno de sus ex agentes.

Cavanagh inclinó la cabeza.

—En realidad —musitó—, Jacob Gilmore había sido condenado

ya a muerte, pero yo pensé que quizá usted… se las arreglaría para salvarle la vida.

Brigitte Montfort, que había estado contemplando sombríamente a Cavanagh, sonrió de pronto, y sus grandiosos, bellísimos, maravillosos ojos azules se llenaron de luz.

—No nos gusta que maten a nuestros compañeros, ¿verdad, Simón? —susurró.

—No —gruñó Cavanagh.

—Bien… Saldré para Miami en cuanto me haya informado de todos los detalles… y consiga un pasaje de avión, claro.

Cavanagh la miró, sonrió y sacó un pequeño sobre de un bolsillo interior de su chaqueta.

—Dentro hay un informe completo actual sobre Gilmore… y un pasaje en avión a Miami. Su avión sale a las quince cuarenta.

—De acuerdo —rió Brigitte—. Intentaré controlar a Jacob Gilmore esta misma noche.

Capítulo II

Desde su asiento en el West Flagler Kennel Club, en el 450 de la North West 37th Avenue, en Miami, la hermosa rubia de los ojos verdes se estremeció una vez más cuando desvió los gemelos hacia el hombre que *parecía* ser Jacob Gilmore. Mientras tanto, tras la señal de salida, los perros galgos habían aparecido de sus jaulas como disparados por un cañón, emprendiendo la velocísima carrera nocturna…

Todo esto no le interesaba en absoluto a la bella rubia de los ojos verdes: ni los galgos, ni las apuestas, ni la abigarrada y variopinta concurrencia al canódromo, ni las luces… Nada. Sólo le interesaba el hombre que *parecía* ser Jacob Gilmore.

No estaba muy sorprendida, porque en la Central, Cavanagh le había mostrado algunas fotos actuales del ex agente de la CIA, que en aquellas fechas tenía cuarenta y cinco años. Había visto sus fotografías, y había quedado terriblemente impresionada. No es que pareciese que Gilmore fuese más viejo de cuarenta y cinco años, no… No era eso. Era que parecía… como muerto.

Sí.

Como muerto.

Las facciones estaban como esculpidas, no había en ellas ni el menor asomo de un gesto, fuese simpático u hostil. ¿Realmente era el mismo hombre que a los treinta años, cuando ingresó en la CIA, parecía pitorrearse, con la mirada, del fotógrafo? La diferencia era tremenda. Rasgos inmóviles, ojos como apagados, boca delgada y prieta, como si no tuviese labios. Se le marcaban todos los huesos del cuerpo y de la cara, que realmente parecía hecha de cuero, no de carne… Sí, eso era: de cuero. De cuero viejo y seco.

No. No parecía más viejo de cuarenta y cinco años… Simplemente, con sus canas, sus rasgos afilados, sus protuberantes

huesos, su mirada apagada, Jacob Gilmore parecía muerto. Y a pesar de haber visto su fotografía en manos de Cavanagh, la bella rubia se estremecía cada vez que lo veía al natural, gracias a los prismáticos.

«¿Qué le habrá pasado? —pensó—. ¿Qué hay dentro de esa cabeza con tantas canas? ¿Qué le ha ocurrido a Jacob Gilmore?».

En aquellos momentos, mientras los galgos corrían, la gente gritaba excitada por la carrera de los galgos, y la rubia dedicaba su atención exclusivamente a Jacob Gilmore, un negro acababa de sentarse junto a éste. La imagen en los prismáticos era nítida, perfecta, pero la linda rubia los graduó todavía mejor. Su atención se concentró, por un instante, en el negro. Era un hombre de unos treinta años, alto, fuerte, vestido con gran descuido. Estaba diciéndole algo a Gilmore, y éste, inmóvil, le contemplaba, le miraba a los ojos.

«Seguramente los pone nerviosos —pensó Brigitte—. Con esa mirada, tiene que poner nerviosos a muchos de ellos. Parece que mira a través de ellos».

El negro que hablaba con Gilmore parecía estar exponiendo algo. Gilmore tendió la mano derecha, y el negro sacó una cartulina… Parecía un documento. Gilmore lo miró, con atención, pero sin expresión alguna en su rostro. Era como si la carne estuviese muerta…

«¡Dios mío, Dios, Dios mío!… ¿Qué le habrá pasado a ese hombre?».

Gilmore había dicho algo. Una pregunta, a la que el negro asentía. Le hizo más preguntas, moviendo apenas los labios. El negro afirmaba y negaba, alternativamente. Las respuestas no parecían interesar en lo más mínimo a Gilmore, que, simplemente, cumplía su cometido de contratar negros en aquella *oficina* que había instalado en el canódromo West Flagler. Simplemente, llegaba allí, se sentaba, se colocaba una visera con los dibujos del Orange Bowl, y con esa señal, los negros que le buscaban lo identificaban en seguida. Allá, conversaban unos minutos, Gilmore examinaba algún documento, lo devolvía, finalmente, y el negro se alejaba de él, dejando sitio a otro.

Aquella noche había hablado con cuatro. El que estaba con él hacía este número… Por fin, Gilmore le devolvió su documento.

Entonces fue el negro quien preguntó algo. Gilmore asintió, el negro hizo otra pregunta, Gilmore contestó… El negro se puso en pie justamente cuando terminaba la carrera, y se alejó, caminando entre los dos bancos, de lado. Las luces de la pista se apagaron y sólo quedaron las de iluminación para el público. Los perros, sudorosos, estaban siendo abrigados y retirados rápidamente… Muy pronto anunciarían oficialmente el resultado de la carrera y de las apuestas.

La rubia consiguió apartar su mirada de las facciones de Jacob Gilmore y, con los prismáticos, localizó al último negro que había sido entrevistado. Guardó los prismáticos y se puso en pie. Las distancias recobraron su realidad. Estaba a unos treinta metros de donde se hallaba sentado Gilmore, pero, de momento, iba a prescindir de él, para dedicarse al negro.

Pronto lo divisó, se colocó tras él, y con toda naturalidad se dedicó a seguirlo. El negro se dirigía hacia la salida. No parecía tener prisa. Eligió la salida a West Flagler Park, y de allí pasó a la N. W. 37th Avenue, para acabar colocándose ante la entrada principal de esta avenida. Es decir, muy cerca de otros tres negros que esperaban sin impaciencia alguna. Los tres negros que habían conversado con Gilmore antes que él.

La rubia se alejó en busca de su coche. Cuando regresó al volante del alquilado «Comet», los cuatro negros continuaban en el mismo sitio, sin hablarse, sin mirarse; al menos, abiertamente Cada uno parecía ignorar la presencia del otro.

Muy bien, Gilmore les había dicho que lo esperasen allí, esto parecía evidente. Así pues, cuando él saliese del canódromo, era no menos evidente que se irían todos a determinado lugar, donde, posiblemente, los cuatro negros serían instalados…, acuartelados, le pareció a la rubia que era la palabra exacta. Y antes de tener un contacto directo con Gilmore, no estaría de más saber dónde los acuartelaba, cosa que hasta el momento no había podido ser descubierta. Sorprendente, pero cierto.

«Ya veremos si yo lo descubro o no», pensó la rubia.

Había detenido el coche a prudente distancia de donde esperaban los negros. En doble fila, desde luego, pero no era el único. Estaba dispuesta a no perder de vista a los cuatro negros que esperaban a Jacob Gilmore, fuese como fuese.

Lo que no esperaba la rubia, desde luego, fue lo que sucedió cuando estaba pensando en la conveniencia de encender un cigarrillo: la puerta derecha delantera se abrió y un hombre se sentó a su lado, metiendo la mano derecha bajo el sobaco izquierdo. Simultáneamente, otro hombre se sentaba velozmente en el asiento de atrás. Moraleja: hay que llevar cerradas todas las puertas del coche, menos la del conductor.

La rubia miraba con tal serenidad al hombre que se había sentado a su lado, que él se desconcertó.

—No se ha asustado —dijo en español.

—Es una chica valiente —habló, también en español, el otro.

—Salgan de mi coche —dijo la rubia, a su vez en español.

—Además de valiente, es descarada —rió el primero—. Pero a mí me gustan las rubias descaradas. ¿Y a ti, Benigno?

—No sé qué decirte. Prefiero una morena sensual y complaciente. Pero de momento, vamos a conformarnos con la rubia. ¿Para quién estás trabajando, rubia?

—Yo no trabajo más que para mí misma.

—Eso sería cierto si fueses una ramera, como intentas hacernos creer. Pero te diré la verdad: te hemos estado observando de lejos, ahí dentro, en el canódromo. No has perdido de vista a Jacob Gilmore y a los negros que él ha ido contratando. Los negros, como bien sabes —señaló hacia fuera del coche—, son esos que sigues vigilando, después de haber dejado a Gilmore ahí dentro. Como ves, pierdes el tiempo si intentas hacernos creer lo que no es cierto. Te interesa Gilmore y sus negros. ¿Por qué?

—Sólo quería saber adónde van los negros.

—¡Ah!… Bueno, eso es sencillo: dentro de poco, pasará una camioneta que los recogerá y se los llevará a determinado lugar. No tiene mayor interés el lugar. Al menos para nosotros. Pero sí tiene interés saber qué está tramando Gilmore y su amigo, y hasta ahora no ha habido forma de saberlo.

—¿A qué amigo se refieren?

—¿No sabes que Gilmore tiene un amigo?

—No… No lo sabía.

—¿Qué te parece, Rafael? —suspiró Benigno—. ¡Y nosotros que habíamos pensado que la rubia quizá sabía más que nosotros y que podría aclararnos los propósitos de Gilmore!

—Les aseguro que no sé nada —dijo la rubia.

—Pero sí tienes que saber por qué estás vigilando a Gilmore y sus negros, y quién te ha pagado para que lo hagas.

—Sí… Eso, sí.

—Y también debes saber cómo te llamas.

—Sí… Claro.

—Y también debes saber cómo poner contentísimo a un hombre en la cama.

—Me las voy arreglando bastante bien —sonrió la rubia.

—¿Lo ves? —exclamó Rafael—. ¡Ya te lo decía yo, Benigno!

—Ya veremos si es verdad —encogió los hombros Benigno—. De momento, creo que debemos marcharnos de aquí, antes de que salga Gilmore y nos vea. Así, pues, ¡arranca, rubia!

—Y dinos cómo te llamas.

—Lili… —dijo ella, mientras ponía el coche en marcha—. ¿Adónde vamos?

—De momento, sal de aquí, hacia la N. W. 7th. Después, te diriges hacia el centro de Miami. Ya te iremos indicando el camino hacia los billares.

—¿Vamos a unos billares?

—Sí… —rió Rafael—. ¡Te vamos a dejar jugar con unas bolas y unos tacos!

—No seas bestia, hombre —respondió Benigno.

—¿Acaso he dicho algo de malo? Además, yo creo que a la rubia Lili le gusta jugar con las bolas y un taco… ¿A que sí, Lili?

—A veces, sí —admitió Lili—; todo depende de la calidad del material.

Rafael se echó a reír de tan buena gana, que hasta se atragantó. Por su parte, Benigno no tuvo más remedio que soltar la carcajada. Lili sonreía, dedicando su atención a la marcha. Rafael consiguió recuperarse lo suficiente para asegurar:

—¡Tengo, para ti, dos bolas de excelente calidad!

—Yo creía que al billar se jugaba con más bolas… —dijo Lili.

Rafael comenzó a darse palmadas en los muslos. Estaba que se partía de risa. Atrás, Benigno también reía… Estaban ya en la North West 7th Street, rodando hacia el centro de Miami. Lili miraba con inquietud sus manos, esperando, tensa, lo que sabía que tenía que suceder. Y muy pronto. Al ir a buscar el coche se había inyectado

una dosis de «Blackcolor»[1], con el fin de poder seguir *a los* negros sin que éstos se fijasen demasiado en ella, y el efecto tenía que comenzar de un momento a otro.

—Una vez conocí a una francesa que hacía maravillas con las bolas —continuó con su tonta broma Rafael—. ¡Las manejaba mejor que nadie, aunque no precisamente con el taco, jo, jo! ¿Te lo he contado alguna vez, Benigno?

—Unas quinientas —asintió el aludido.

—Bueno, pero se lo voy a explicar a Lili, por si ella quiere aprender la lección. A lo mejor le da buenos resultados y se hace famosa como manejadora de bolas especiales… ¡Ji, ji, ji! Mira, respecto a las bolas, pues las hay de marfil y las hay de…

Rafael calló tan bruscamente que Lili comprendió en el acto lo que ocurría. Miró de nuevo sus manos, sobre el volante, y, en efecto, las vio ya negras. Volvió la cabeza hacia Rafael, que había palidecido y la contemplaba con ojos desorbitados. En el asiento de atrás sonó la exclamación de Benigno.

—¡Pero…!

Lili frenó, y se volvió a mirar a Benigno, que también estaba pálido y contemplándola con expresión desorbitada. Oyó cómo Rafael, a su lado, tragaba saliva, y de nuevo lo miró a él. Comprendía perfectamente su sobresalto, Gracias a Mac Gee, el jefe del Departamento de Armas Especiales de la CIA, y a su suero «Blackcolor», la rubia Lili se había convertido en una imponente y hermosísima negra de ojos azules y cabellos rubios. Aunque sólo fuese por la belleza de semejante ejemplar, había para quedar atónito.

—No se asusten —sonrió—. Sólo…

Rafael lanzó un aullido, metió de nuevo la mano derecha en el sobaco izquierdo y sacó su pistola, chillando:

—¡Es una bruja! ¡Matémosla!

Y lo habría hecho.

Estaba realmente tan asustado, que lo habría hecho. Justo al terminar de chillar, apretaba el gatillo, pero ya una milésima de segundo antes Lili había asido la muñeca derecha de Rafael con su mano izquierda, mientras con su derecha lanzaba un velocísimo y demoledor *shihon nukite*, sin contemplaciones de ninguna clase. La mano rígida, los cuatro dedos largos extendidos y juntos, él pulgar

recogido en la palma de la mano, ésta se convertía en un arma de penetración a la que abría camino las puntas de los dedos extendidos; cuando estos dedos se hundieron en la garganta de Rafael, éste lanzó un desgarrador gemido, mientras la cabeza le saltaba hacia atrás, los ojos se ponían en blanco, y dos finos chorritos de sangre aparecían por los orificios nasales.

La muerte fue inmediata.

Mientras tanto, Benigno, atrás, se estaba moviendo, y Lili lo sabía. Sabía que, normalmente, aquellos dos hombres habrían sido más bien fáciles de manejar; eran dos granujillas a los que les gustaban las mujeres, fuesen rubias o morenas, y pensaban pasar un rato agradable con ella. Sólo eso. Pero, terriblemente asustados, su reacción era temible.

Y, en efecto, en el tiempo que Lili golpeaba y Rafael moría, Benigno, tras un instante de terror y paralización total de mente y cuerpo, se dedicaba a sacar su pistola…, mientras Lili retiraba a toda prisa la de Rafael de entre los crispados dedos del cubano.

La asió, se volvió, y como en un sueño, aún antes de terminar el giro, vio a Benigno, y comprendió que estaba apretando el gatillo. Se echó hacia delante justo a tiempo. El estampido del disparo, como un instante antes el efectuado por Rafael, fue como un bombazo dentro del coche. La bala pasó rozando el respaldo del asiento, dio en el aro del volante y se hundió en el asiento, dejando el volante vibrando fuertemente, entero, completo.

Mientras tanto, y aún cayendo hacia delante, esto es, hacia donde estaba Rafael, Lili sacó la mano derecha por encima del respaldo, y disparó. El coche pareció de nuevo una cámara hermética, en la que también resonó el breve alarido de Benigno. Un alarido revelador, pero Lili no estaba dispuesta a arriesgarse, de modo que disparó de nuevo, orientando la bala precisamente hacia donde había sonado el alarido.

Cuando se irguió en el asiento, su negro rostro estaba notablemente descolorido, pero no porque estuviesen cesando los efectos del «Blackcolor», que aún durarían horas, sino por el sobresalto pasado.

Estaba rígida, con la respiración contenida, cuando se dio cuenta de que algunas personas se acercaban al coche, vacilantes. Por supuesto, los disparos debían haber retumbado en el exterior… No

pensaba dar ninguna explicación, así que arrancó rápidamente y se alejó de allí. Ni siquiera sabía dónde estaba cuando, dos minutos más tarde, se detenía, se colocaba de rodillas en el asiento, de espaldas al volante, y empujaba a Benigno hacia un lado. Benigno había ido sentado normalmente, con los ojos muy abiertos y una bala en el centro del pecho y otra en el corazón. Ahora ya no se le veía… Ni, por lo tanto, podría ver nadie la oscura mancha de sangre en su blanca camisa. Rafael yacía, arrugado, entre el asiento delantero derecho y el hueco para las piernas.

Lili se pasó una mano por la frente, y la notó húmeda. Sacó un pañuelito de su maletín, y se limpió. Estaba profundamente disgustada; tanto, que la habría emprendido a golpes con los dos muertos.

«¡Par de estúpidos! ¡Podríais estar vivos ahora, si no hubieseis creído nunca en brujas ni tonterías parecidas!».

Era un modo absurdo de morir, pero, a fin de cuentas, la elección no había presentado ninguna duda para Lili.

«Tengo que sacarlos del coche… ¡Y cuanto antes!».

Reanudó la marcha, y ya más serena, se situó. Desde allí, podía llegar pronto y sin grandes complicaciones a un lugar adecuadísimo para dejar dos muertos: un cementerio.

Y en efecto, seis o siete minutos más tarde, entraba con el coche en Coral Park. Un parque diminuto, contiguo al Woodlawn Park Cemetery. Se aseguró de que nadie la veía, sacó del coche a Benigno, y cuando iba a hacer lo mismo con Rafael, que parecía incrustado en el incómodo hueco, se le ocurrió que, a fin de cuentas, no sabía quiénes eran realmente aquellos hombres ni qué pretendían vigilando a Gilmore. Porque esto era evidente… Habían dicho que «debemos marcharnos de aquí, antes de que salga Gilmore y nos vea»… Por lo tanto, no eran amigos de Gilmore. ¡Claro que no!… Gilmore tenía *otro amigo*, y precisamente Rafael y Benigno habían demostrado interés por saber qué estaban tramando Gilmore y ese amigo desconocido.

Míster Cavanagh no había hablado de ningún amigo… Al parecer, la CIA no estaba obteniendo sobre Jacob Gilmore un control todo lo completo que habría sido de desear, ya que no sabían lo de este amigo ni el lugar adonde eran llevados, en una camioneta, los negros contratados.

Todo esto lo pensaba Lili mientras registraba a Rafael, tras sacarlo del coche. Mientras pudiese evitarlo, no registraría a Benigno, que estaba profusamente manchado de sangre.

Con lo que había encontrado en los bolsillos de Rafael se metió en el coche, y encendió la luz interior. Una mugrienta billetera con algo de dinero y la documentación de Rafael Pérez Ruiz; la fotografía de una mujer sin duda latina, muy hermosa, pero con cierto aire de baja estofa… Lili dejó de prestar atención al contenido de la billetera, y a todo lo demás, cuando se dio cuenta de que tenía en la mano un estuche de cerillas en el que podía leerse:

> *«Juanjo Valdés*
>
> Billares y Bolera88, North East 24th Street».
>
> *«Los billares de que hablaron… Está bien».*

Se guardó el estuche de cerillas, tiró afuera todo lo demás, sobre el cadáver de Rafael, y se alejó. En la oscuridad, dos muertos yacían a la espera de ser recogidos y llevados, como correspondía, a un cementerio. Esto es: dentro de sendas cajas negras de las que jamás saldrían.

Lili se quitó la peluca rubia, dejando que su larga cabellera negra natural cayese sobre su espalda y hombros. Tenía que ponerse, también, las lentillas de contacto de color negro, pero no quería entretenerse, por el momento. Aunque sin grandes esperanzas de conseguirlo, iba a intentar recuperar la pista de los negros contratados por Jacob Gilmore en el canódromo.

No pudo ser.

Tal como había temido, cuando llegó allí los negros ya no estaban. Es decir, que la camioneta en cuestión había pasado a recogerlos, y se habían marchado. Y Gilmore con ellos. No era cosa preocupante, pues al día siguiente podía recuperar esa pista… Pero era perder un día. Y a Lili no le gustaba perder el tiempo.

Por lo tanto, mientras se colocaba las lentillas de contacto de color negro, mentalmente estaba ya camino de los billares y bolera de Juanjo Valdés.

Capítulo III

—Negra: de buena gana te arrancaba los pechos a mordiscos.

La hermosa negra de cuerpo escultural miró despectivamente al cubano que le había expuesto tan claramente sus deseos, y continuó mirando a su alrededor, alzando la barbilla, con la inconfundible expresión y actitud de quien está buscando a alguien.

—¿Me buscas a mí, negra? —insistió el cubano.

Esta vez, ella ni siquiera miró al desvergonzado y sonriente galanteador. En la sala de billares, llena de humo, el sonido que prevalecía era el chasquido de las bolas de marfil, La mayoría de los no jugadores, miraban en silencio a la imponente negra que, bien claro estaba, había ido allí en busca de alguien… que no parecía hallarse presente.

Así pues, a nadie sorprendió que, finalmente, la negra abandonase la sala de billares en dirección a la bolera, a la que se accedía por una rampa situada a la izquierda. Cuando la negra comenzó a caminar, cuando sus caderas comenzaron a moverse, docenas de ojos se iluminaron… El cubano, que había estado sentado en la esquina de una mesa de billar vacía, saltó al suelo y se fue tras la negra.

—¡Viva tu madre, negra!… —deseó—. ¡Mátame con una mirada!

—De buena gana lo haría —le miró hoscamente la negra—. ¿Por qué no deja de molestarme?

—¿Te estoy molestando? ¡Pero si lo que quiero es precisamente lo contrario! ¡Dime cómo puedo complacerte!

—Muriéndose.

—Vamos, no seas cruel, negra caliente… Sabes que los hombres te devoramos con los ojos, y eso te gusta. ¿A que sí?

—Prefiero que me devoren de otro modo… Pero eso ya lo hace mi marido.

—¡Oh!… Conque casada y todo, ¿eh? Bueno, ¿qué tal si le ponemos cuernos al muchacho?

—¡Oiga, ya me está usted…!

—Calma, calma —alzó las manos el cubano—. Vamos a ser razonables, y verás cómo Luis te resulta simpático. Luis soy yo. Y si me dices lo que buscas, a lo mejor te ayudo.

La negra vaciló. Habían ido bajando por Ja rampa, y, ya abajo, había recorrido con la mirada la media docena de pistas de bolos, cuatro de las cuales estaban ocupadas. Las pesadas bolas rodaban, se deslizaban con suave roce sobre la madera, para ocasionar el estruendo final al derribar los bolos…

—Conozco a todo el mundo aquí dentro —insistió Luis—. ¿A quién buscas?

—A Rafael y al otro… No me acuerdo de su nombre: Bonifacio, Bondadoso…

—¿Benigno?

—¡Eso es! —exclamó la negra—. ¡Sí, Benigno! Y a Rafael. Me dijeron que nos encontraríamos aquí.

—Ya. ¿Y dónde los has visto?

—En el canódromo West Flagler. Un amigo me dijo que si iba allí con él me señalaría a Rafael y al otro, y que ellos podrían ayudarme.

—¿A qué?

—A encontrar a mi marido.

Luis no parecía muy listo. Y en realidad, no lo era. Pero dentro de su cabeza, las ruedecitas de su diminuto mecanismo comenzaron a funcionar… a funcionar tal como quería la negra, se entiende.

—Tu marido es negro, claro.

—Sí, claro.

—¿Y por qué lo buscas?

La negra miró, estupefacta, a Luis.

—Vaya una pregunta tonta… ¿Para qué he de buscar a mi marido, sino para que se venga conmigo? Tuvimos una buena pelea hace unos días, y se fue de casa. Como veo que no viene, lo buscó yo.

—Eres una chica lista —sonrió Luis—. Bueno, Rafael y Benigno aún no han venido, pero quizá yo podría hacer algo por ti.

—No, gracias. Ya lo hará mi marido, cuando lo encuentre.

Luis soltó una carcajada.
—No, mujer. Estoy hablando en serio… Conozco a una persona que puede saber, en dos minutos, dónde está tu marido. Mira, ve al bar, toma algo, y espérame… ¿De acuerdo?
La negra vaciló. Miró alrededor, miró de nuevo a Luis y acabó encogiendo los hombros y lanzando un suspiro.
—Está bien… ¡Ya estoy cansada de dar vueltas!
—No te muevas del bar.
La negra asintió, y fue a la barra que había en el semisótano donde estaba instalada la bolera. Había más negros, mulatos y blancos. Todos ellos cubanos. El camarero, un mulato de hombros colosales, la miró sonriente, y señaló por encima de la negra.
—Luis me ha hecho señas de que paga la casa… ¿Qué desea tomar?
—¿Paga la casa? ¡Champaña!
El camarero rió, guiñó un ojo y sirvió champaña.
—Es la primera vez que la veo por aquí… ¿Amiga de Luis?
—No… No exactamente.
—¡Ah!
El camarero era buen entendedor: ya no hizo más preguntas. La negra *se dedicó* a paladear el champaña de baja calidad como si fuese, por ejemplo, «Perignon» de la mismísima Francia. Luego, encendió un cigarrillo que sacó de su maletín rojo con florecillas azules. Sabía que algunos hombres la estaban mirando con la vana esperanza de desnudarla con los ojos… Terminó el cigarrillo, y pidió otra copa de champaña, que le fue servida en silencio.
Luis tardó todavía casi diez minutos más. Ella le vio en seguida, captó su gesto de llamada, y saltó del taburete, acudiendo a su encuentro.
—¿Lo ha encontrado?
—Tranquila. Vamos a hablar con un amigo que sí podrá ayudarte, seguro. Y hasta es posible que ganes algo de dinero.
—¡Oiga, ya le he dicho…!
—No se trata de nada relacionado con la cama. El asunto te interesará, ya lo verás. Vamos, no seas tonta… ¿Quieres encontrar a tu marido o no?
—Pues… sí, claro, pero no sé…
Luis la tomó del brazo y tiró de ella. Subieron por la rampa, y en

la sala de billares, Luis señaló la puerta que había a la derecha, cerca de la entrada general al local. Llegaron allá. Luis la abrió, y subieron por una escalera de madera, que resonaba bajo los tacones de la negra. Al terminar la escalera había un descansillo amplio, al que daban varias puertas. Luis abrió una de ellas y señaló adentro con el pulgar. La negra entró.

Era un despacho. Un despacho descuidado, funcional, mal iluminado… Dentro había tres hombres, dos de ellos, de pie, a un lado del tercero, que se hallaba sentado tras la mesa. Todos eran de raza blanca. Todos tenían la mirada viva, inquisitiva, inteligente. Vestían bastante bien. El que estaba a la mesa debía tener no menos de cincuenta y cinco años. Los otros rondaban los treinta y cinco. El más joven era Luis.

El hombre que estaba tras la mesa, se puso en pie, y sonrió. Era todavía atractivo, y parecía simpático.

—Me llamo Juan José Valdés, señorita. Este local es uno de mis negocios. ¿Esperaba encontrar aquí a su marido?

—No lo sé. Me dijeron que viniese aquí…

—¿Cómo se llama usted?

—Jennifer.

—¿Y su marido?

—Norton… Norton Dekker.

—Entiendo que desea usted encontrarlo.

—Claro que sí. Ya he dicho…

—Siéntese —Luis le acercó una silla a un gesto de Juan José Valdés—. Y explíqueme, exactamente, qué ha hecho usted para haber llegado hasta aquí buscando a su marido.

—Bueno… Hace unos días, Norton y yo reñimos vio, lentamente. Él me golpeó, y se fue de casa. Yo esperaba que volvería, como otras veces, pero no ha sido así. Entonces, fui preguntando a los amigos… Uno de ellos me dijo que si buscaba en el canódromo West Flagler a dos tipos que se llaman Rafael y… y…

—Benigno.

—Sí, eso. ¡No recuerdo nunca ese nombre! Bueno, los busqué en el canódromo, y los encontré. Ellos me escucharon, me dijeron que esperase un momento, se apartaron de mí, y se pusieron a hablar sin que pudiese oírles. Luego me dijeron que sí, que podían ayudarme a encontrar a mi marido, que viniese aquí y les esperase.

—¿Qué más?

Jennifer reflexionó unos segundos, y acabó moviendo la cabeza.

—Nada más. Ustedes… me están asustando… ¿Le ha ocurrido algo malo a Norton?

—Por el momento, no. Pero es posible que le ocurra si usted no le ayuda.

—¿Yo? ¿Qué puedo hacer yo? ¿Qué ha pasado? No entiendo nada de nada. Nos peleamos, sí, pero también otras veces lo…

—Olvide todo eso. Mire, le voy a decir exactamente lo que está ocurriendo con su marido: él, como otros negros, están siendo contratados por un hombre blanco, que los envía a una granja en el campo, hacia el norte. Una vez allí, en esa granja, ninguno de los negros vuelve a salir… Cálmese. No es que les ocurra nada malo. Simplemente, quedan allí concentrados. ¿Lo comprende?

—No sé… ¿Por qué se concentran? ¿Qué hacen allí? ¿Es algún nuevo trabajo que ha encontrado Norton?

—Esa es la cuestión —sonrió Valdés—. Es precisamente lo que nosotros quisiéramos saber: ¿qué están tramando, allí, esos negros contratados, y Gilmore, que los contrata, y el amigo de Gilmore, José Raimundo Álvarez, propietario de la granja?

—Bueno… —abrió mucho los ojos Jennifer—. Yo no sé…

—Ya sabemos que usted lo ignora. Pero *podría saberla*. Está bien claro que su marido ha sido contratado por Gilmore, y que está en la granja de José Raimundo Álvarez. ¿Comprende?

—Creo que sí.

—Bien. Ahora, nosotros podemos llevarla a usted a esa granja, y una vez allí, usted tendrá que hacer una pequeña comedia destinada a engañar a los ocupantes de la granja…

—¿Qué comedia? —Jennifer parecía asustadísima—. ¡Señor Valdés, yo no…!

—Tranquila. Todo saldrá bien. Nosotros la llevaremos allá y le facilitaremos una motocicleta… ¿Sabe usted llevar una motocicleta?

—Sí… Sí, sí.

—Magnífico. Entonces, todo saldrá bien, ya lo verá. No tendrá ninguna dificultad en entrar en la granja… Salir ya no será tan fácil, pero no dudo que podrán conseguirlo. Sobre todo sabiendo que afuera les esperan, a usted y a su marido, diez mil dólares.

—¿Diez… mil…? —sólo pudo articular Jennifer.

—Diez mil dólares, en billetes legítimos de los Estados Unidos —sonrió de nuevo Valdés—. Pero, claro, no los ganarán sólo por escapar de la granja, Jennifer.

—No comprendo…

—Un hombre blanco, llamado Jacob Gilmore, está contratando hombres negros. Con él está otro blanco, cubano exiliado, llamado José Raimundo Álvarez. Usted debe llegar a esa granja, ponerse en contacto con su marido, y que éste le diga qué es lo que están preparando allí Álvarez y Gilmore, con qué cuentan, cuántos hombres piensan contratar en total… En fin, todo el plan que Gilmore y Álvarez están poniendo en marcha. ¿Me comprende, Jennifer?

La negra cerró un instante los ojos, y todos captaron el «tremendo esfuerzo» mental que estaba realizando. Por fin, abrió los ojos, y asintió con la cabeza.

—Sí, lo comprendo.

—Estupendo. ¿Le interesa el asunto?

—¿Y si me matan? ¿Y si nos matan a Norton y a mí?

—No —negó Valdés—. El norteamericano Gilmore no es un asesino, se lo aseguro. En cuanto a José Raimundo Álvarez, es un caballero auténtico. No debe temer nada de ellos.

—Pero si me descubren…

—No tienen por qué descubrirla, ni a usted ni a su marido… hasta que ambos hayan escapado de la granja. Para entonces ya no podrán alcanzarlos: yo les pagaré diez mil dólares por su información, y ustedes podrán marcharse lejos de aquí.

—Es una buena oferta, Jenny —sonrió Luis.

La negra Jennifer fue mirando de uno a otro hombre. Sus dudas estaban bien claras, pero poco a poco en su rostro fue apareciendo un gesto de determinación. Un simpático gesto de persona dispuesta a todo…

—Lo haremos —dijo.

—Magnífico. Luis, ocúpate de la motocicleta, pronto… Pedro, ve a traer el coche. Cuanto antes salgamos hacia allá, mejor. Y ahora, Jennifer, escúcheme atentamente…, bien entendido que si hay algo que no comprenda, debe decírmelo, y se lo repetiré. Saldremos de aquí en coche, con una motocicleta en el portamaletas, y…

Capítulo IV

—En total, tenemos ya treinta y cuatro —dijo Gilmore, después de examinar la lista—. Y podríamos tener muchos más si no estuviésemos siendo tan exigentes, José.

José Raimundo Álvarez asintió con la cabeza.

—Lo sé, pero debemos seguir siendo exigentes. No vamos ahora a estropearlo todo por adelantar la acción unos cuantos días.

—La CIA me está olfateando.

—¿Cómo, la CIA?... ¡Creía que sólo te vigilaba ese maldito Valdés!

—Quizá me esté equivocando —admitió apaciblemente Gilmore —, pero creo que también la CIA está interesada por mí. De momento, he conseguido esquivarlos, pero cualquier día unos y otros lograrán llegar hasta aquí.

—Que lleguen —encogió los hombros José Raimundo Álvarez—. No estamos haciendo nada prohibido. De todos modos, pronto tendremos los cincuenta hombres que necesitamos, y entonces ya nadie tendrá tiempo de reaccionar.

—Esperemos que sea así.

José Raimundo Álvarez, cubano, se quedó mirando atentamente, con expresión de confianza y de afecto, casi se diría de cariño, a Jacob Gilmore. Eran muchos años de amistad y tristeza compartidos, de modo que cada uno de ellos sabía casi siempre con toda exactitud lo que pensaba el otro. Se entendían bien, así que nunca, nunca, nunca habían discutido. Gilmore tenía cuarenta y cinco años y José Raimundo Álvarez rondaba los sesenta, pero esa diferencia de edad no significaba nada para su buen entendimiento y mutuo afecto.

—Todo saldrá bien, Jacob —dijo de pronto José Raimundo.

Gilmore asintió, y se puso en pie. Estaban en el salón-comedor de la casa de la granja. Una granja vieja e improductiva, cerca de

Cooper City, una pequeña localidad al norte de Miami, propiedad de Álvarez. La había comprado hacía años, a muy buen precio, porque nadie la quería. Ni siquiera él mismo, ya que la compró y eso fue todo. La dejó allí, como abandonada, como si después de haberla pagado se hubiese olvidado completamente de ella. Tanto Gilmore como Álvarez tenían su propio apartamento en Miami, pero la granja no fue olvidada nunca, realmente. Allá estaba, esperando el momento en que sería utilizada. Y el momento había llegado.

—¿Quieres un coñac? —propuso Gilmore.

—Bueno.

El norteamericano fue al desvencijado aparador y sacó la botella y dos vasos, siempre observado afectuosamente por Álvarez. Era una vieja historia que Gilmore no quería mencionar, pero que el cubano no había olvidado jamás…

—En realidad —dijo Gilmore, acercándose con un vasito en cada mano—, podríamos emprender ya la operación si no fuese por tu insistencia en disponer de más hombres: tenemos ya las armas, y el plan para el transporte es perfecto.

—No quiero menos de cincuenta hombres, Jacob.

Gilmore se resignó, una vez más. De todos modos, en el fondo, admitía que Álvarez tenía razón. No importaba tener que esperar una semana más… No importaba en absoluto. Tendió un vaso a Álvarez, y volvió a sentarse. Se dedicó a paladear el coñac, mientras miraba absorto a su alrededor. Miraba, pero no veía. Además, no valía la pena ver lo que había allí. Viejos muebles, viejos cuadros, viejas paredes deslucidas… Era una casa vieja, pero que, de haber estado bien cuidada, habría resultado acogedora. En la parte de atrás había un garaje. Y muy cerca, a unos cincuenta metros, estaba el edificio que alguna vez contuvo animales de granja, como gallinas, cerdos, patos…

Una seca sonrisa apareció, como una grieta, en el rostro de Jacob Gilmore.

—¿De qué te ríes? —preguntó Álvarez, sonriente.

—Estaba pensando en el cobertizo donde antes guardaban los animales de la granja.

—¡Ah! Bueno, no creo que a nuestros empleados negros les moleste estar alojados allí. Al principio, cuando llegan, se quedan

un tanto indecisos, pero en seguida comprenden que no es que les tratemos como animales, sino que no tenemos otro sitio para ellos; y por otra parte, no estarán mucho tiempo, y ellos lo saben… Supongo que mañana volverás por aquí con más hombres.

—Claro. Si los sigo reclutando a este promedio, dentro de cuatro días tendremos los cincuenta. Mientras tanto…

Gilmore calló bruscamente, y su cabeza giró velocísima hacia la puerta del salón-comedor cuando hasta allí llegó la llamada a la puerta de la casa. Se calmó en seguida, sin embargo.

—Debe ser uno de los vigilantes —dijo Álvarez, lo que ya Gilmore había comprendido—. Pero asegúrate… Si Valdés está interesado por nosotros, no podemos descuidarnos en lo más mínimo.

Jacob fue a abrir. Regresó a los pocos segundos, acompañado de dos negros del turno de vigilancia nocturna en la granja, en efecto. Pero no sólo ellos: entre ambos, sujetándola uno de cada brazo, llevaban a una hermosa muchacha negra, de largos cabellos, grandes ojos y cuerpo magnífico. Parecía un poco asustada. Álvarez miró a Gilmore, que fue a sentarse de nuevo en el sillón, recuperó su vasito de coñac, y tras beber otro sorbo, musitó:

—¿La habéis registrado?

—No, señor, pero…

—Hacedlo. A fondo.

Los dos negros no tuvieron inconveniente alguno. Por el contrario, fue todo un placer deslizar sus manazas sobre las tersas y prietas carnes de la negra, que permaneció inmóvil. Álvarez miraba de nuevo a Gilmore, preguntando:

—¿Quién es? ¿Qué ha pasado?

—La han encontrado merodeando por ahí fuera. Dice que nos siguió en una motocicleta desde el canódromo, y que hace rato que está dando vueltas, a pie, cerca de la casa.

—¿Y qué busca?

Los dos negros habían terminado de registrar a la negra y movían la cabeza negativamente, sonrientes. Gilmore aceptó el resultado del manoseo, y miró aquellos grandes y oscuros ojos.

—Dinos quién eres y qué buscas por aquí.

—Soy Jennifer…, Jennifer Dekker. Y estoy buscando a mi marido.

—¿Por qué lo buscas aquí?

—Me dijeron que en el canódromo West Flagler había un hombre blanco que estaba contratando negros, y pensé que quizá sabría dónde está mi marido. Así que fui al canódromo, y le vi a usted, que hablaba con varios negros. Luego, los vi afuera, vi la camioneta, y me vine detrás, con la motocicleta. Norton y yo habíamos peleado días atrás, pero como siempre volvía, no me preocupé, al principio. Luego, tomé su moto y me dediqué a buscarlo, pensando que quizá le había ocurrido algo malo… ¿Está aquí?

Jacob Gilmore, que miraba a Jennifer con una fijeza impresionante, pareció no haberla oído. Permaneció todavía inmóvil casi un minuto, siempre mirándola con aquellos extraordinarios ojos que parecían muertos. Por fin, lentamente, sacó una pequeña libreta de tapas de piel, la abrió, y estuvo pasando las pequeñas hojas.

—¿Cómo dijo que se llamaba su esposo?

—Dekker…, Norton Dekker.

—No… —negó por fin—. No tenemos aquí ningún empleado llamado Norton Dekker. Ese es el nombre de su marido, ¿no?

—Sí… Sí.

—Pues no está aquí.

—Quizá esté aquí, pero con otro nombre —dijo Álvarez debe sorprendernos que algunos de nuestros empleados dispongan de más de una documentación, Jacob.

—Ya lo he pensado. Pero dudo que esté. Ya sabes que una de las condiciones que imponemos para contratar es la de que no deben tener esposa ni hijos.

—Cualquiera de esos negros puede haberte mentido.

Gilmore volvió a asentir… De nuevo quedó pensativo, antes de mirar a los dos negros. Acababa de abrir la boca cuando fuera del salón-comedor se oyeron pisadas. Apareció otro de los negros de aquel turno de vigilancia nocturna, señalando hacia fuera con el pulgar, por encima del hombro.

—Sí, señor —dijo—. Hemos encontrado la motocicleta, cerca de aquí, cómo ella dijo.

—Está bien. Aunque es un poco tarde —miró su reloj de pulsera —, quiero que todos formen delante del barracón. Vaya a avisar.

—Sí, señor.
—Y ustedes —miró Gilmore a los otros dos— sigan vigilando.
Los tres negros salieron. Gilmore volvió a mirar a Jennifer, que parecía entre desconcertada y asustada.
—Dentro de unos minutos, todos nuestros empleados estarán ante ti. Si tu marido está entre ellos, señálalo, y os podréis marchar en seguida.
—Me pegará —gimió Jennifer.
—Lo siento.
—Me va a matar de una paliza… Ya me golpeó cuando tuvimos la última pelea. Si ha dado otro nombre es que no quería que le encontrase, y debe haber mentido… ¡Me va a matar a golpes!
—Eso es cuenta vuestra.
—¿No podrá quedarse en este trabajo, sólo porque está casado?
—Exactamente.
Jennifer se llevó las manos a la cara, en un gesto de temor ante su inminente futuro. José Raimundo Álvarez sonrió, pero Jacob Gilmore no varió su expresión. Seguía pareciendo un muerto contemplando a la hermosa negra.
—¿Quién te dijo que un blanco estaba contratando negros en el canódromo?
—Un amigo… No recuerdo su nombre. Sé que es uno de los amigotes de Norton.
—Entiendo. Si buscabas a tu marido, ¿por qué no viniste directamente a la casa, en lugar de estar merodeando por aquí?
—Sólo quería saber si él estaba aquí, para tranquilizarme. Nunca se había separado de mí tantos días, y estaba preocupada.
—Ya. Bueno, vamos a ver si está en el grupo.
—Por favor, señor, ¿no podríamos…?
—Lo siento, pero no. A todos los que he contratado se lo he dicho bien claro: nada de esposa e hijos.
—Pero ¿por qué? ¿Qué trabajo es ése?
—¿De verdad no lo sabes?
—¡Claro que no!
—Estamos contratando negros para enviarlos como mercenarios a pelear en Angola. En África.
Jennifer quedó estupefacta; luego, abrió mucho los hermosos ojos, en gesto de espanto… Y de pronto, se echó a reír.

—¡Qué bromista es usted, señor! —exclamó.

—No es ninguna broma. Todos los hombres que estoy contratando van a ir a pelear allá como soldados; es por eso que no quiero a ninguno que tenga mujer e hijos.

Jennifer miró a Álvarez, como consultándole, como esperando que éste negase las palabras de Gilmore. Pero Álvarez se limitó a sonreír amablemente, y la negra volvió a mirar a Gilmore, que había terminado su coñac y se había puesto en pie.

—Si eso es verdad —murmuró Jennifer—, me alegro de haber venido a buscar a Norton.

Jacob encogió los hombros y señaló hacia la puerta. Salieron del salón-comedor, y acto seguido, de la casa. Jacob volvió a señalar, y caminaron hacia los corrales, en lo alto de cuya puerta principal se había encendido una solitaria y triste bombilla, cuyo tono amarillento era en verdad deprimente. Delante del cobertizo, tres docenas de hombres negros estaban formados en tres filas, algunos de ellos poniéndose algo de ropa, y otros todavía completamente vestidos.

Algunos refunfuñaban, pero se callaron cuando vieron acercarse a Gilmore y a la negra. Los vigilantes de aquel turno de noche también estaban allí, en un pequeño grupo aparte. Jennifer les miró, miró a Gilmore, y negó. Gilmore ordenó a los vigilantes que volviesen a sus puestos. Luego señaló a los demás negros.

Jennifer pasó ante ellos, rápidamente.

—No está —dijo.

—Será mejor que mires bien —dijo con voz neutra Jacob Gilmore—. Quizá le has visto y no lo dices porque él te ha hecho alguna seña y temes una paliza. Pero sólo se trata de que elijas: tu marido a salvo contigo aunque te rompa un hueso, o saber que dentro de un par de semanas estará donde te he dicho.

—Le juro que no está, señor. Si estuviese lo diría, aunque luego él me rompiese la cabeza.

—¿No quieres mirar otra vez?

La negra encogió los hombros. Volvió a pasar entre las filas de inmóviles mercenarios, regresó junto a Gilmore, y negó con la cabeza.

—No está.

—De acuerdo. Puedes marcharte.

Jennifer quedó inmóvil. Gilmore se dirigió a los mercenarios, indicándoles que podían volver a su alojamiento. Cuando se volvió hacia la negra, ella seguía inmóvil.

—¿Qué te pasa?

—Nada… Nada.

—Bueno, pues lárgate.

—Sí… Sí, señor.

—Y no vuelvas por aquí a molestar, ni nos busques complicaciones, porque entonces sería yo quien te daría una paliza que no olvidarías en toda tu vida. ¿Está claro?

—Sí, señor.

Gilmore movió el pulgar.

—¡Lárgate!

Caminaron los dos hacia la casa, delante de la cual estaba el coche de Jacob Gilmore, con el cual había seguido a la camioneta, la cual estaba en el garaje de la parte de atrás. Cerca del coche de Gilmore estaba la motocicleta, tumbada en el suelo. Jennifer la puso derecha, subió, y la puso en marcha, bajo la inmóvil, yerta mirada de Gilmore. Un instante después, la motocicleta se alejaba, expertamente pilotada por Jennifer, que pronto desapareció hacia el camino que a su vez la llevaría hasta la carretera. Es decir, la estrecha pista local que, paralela al New River Canal, la llevaría a Dania, donde podría tomar la Nacional 1 para emprender el regreso a Miami…

Jacob regresó al interior de la casa, y se sentó de nuevo delante de José Raimundo Álvarez, que seguía saboreando lentamente su coñac.

—¿La has dejado marchar?

—Sí.

—¿A pesar de que ha mentido? Es evidente que no ha llegado aquí siguiendo la camioneta: en todo caso, habría mencionado que siguió tu coche, con el que tú seguías la camioneta. Ha mentido, eso está claro.

—Desde luego, pero no importa. Puede ser de la CIA, del FBI, de la Policía… o incluso quizá la haya enviado Valdés. En todos los casos, ella les dirá que estamos contratando mercenarios para enviarlos a Angola, a África. Lo cual todo el mundo sabe, pues no hemos hecho de ello un secreto, precisamente.

—Quizá nos estamos arriesgando demasiado, Jacob. —Todo es arriesgado. El simple hecho de vivir es arriesgado, José. De todos modos, tú eres quien lo está pagando todo, así que pueden retirarte cuando lo desees.

—¿Qué estás tratando de decir? —palideció Álvarez. Gilmore le miró, y por un instante, sólo por un instante brevísimo, como un destello lejano, recóndito, apareció en sus ojos un destello. Un destello levísimo y fugaz; tanto, que Álvarez ni siquiera llegó a captarlo.

—Lo siento, José. Sabes que no he querido molestarte. Lo único que pretendía era hacerte reflexionar, por si preferías…

—Los dos lo hemos reflexionado ya durante demasiado tiempo, Jacob.

—Sí. ¿Te importa que me quede a dormir aquí?

—Claro que no.

—Gracias. Y hasta mañana.

Simplemente, Jacob Gilmore se trasladó al sofá, donde se tumbó y cerró los ojos. El silencio era total. José Raimundo Álvarez estuvo allí todavía casi diez minutos, mirando al amigo que parecía dormido. Por fin, se puso en pie, y fue al único dormitorio que había hecho arreglar y limpiar, donde tenía una cama para él. Tomó una de las mantas y regresó a tapar a Gilmore, retirándose acto seguido, tras apagar la luz del salón-comedor.

En cuanto la luz se apagó, los ojos de Jacob Gilmore se abrieron. Muy pronto se acostumbraron a la penumbra del lugar, al leve resplandor de la luz de las estrellas que se esparcía desde la ventana. En aquella oscuridad, los oscuros ojos de Jacob Gilmore parecían dos profundos pozo llenos de fuego negro. De un fuego extraordinario… De un fuego frío, estremecedor.

«Nadie podrá detenerme —pensó—. ¡Nadie!…».

Jennifer detuvo la máquina cuando apareció el coche en la carretera, ya cerca de Dania, lanzando sus luces hacia ella. No era sólo una señal hacia el motociclista que los del coche oían, sino que servía para asegurarse de que era ella.

Poco después, entraba en la parte de atrás del coche, donde iban Juan José Valdés y uno de sus jóvenes, inteligentes y agradables acompañantes. El otro iba en el asiento delante. Luis era quien conducía.

—¿Y bien? —inquirió Valdés.

—Lo siento, señor Valdés, pero Norton no está allí.

—¿No está en la granja? ¿Seguro?

—Segurísimo… Así que, claro, no he podido quedan me. De todos modos no habría podido quedarme, porque si Norton hubiese estado, nos habrían expulsado a los dos: no quieren hombres casados.

—Eso no lo sabíamos —murmuró el hombre sentado junto a Valdés.

—Lo mejor será que Jennifer nos lo cuente todo detalladamente. ¿Quieres ser tan amable, Jennifer?

—Claro que sí. Bueno, tal como convinimos, acabé de llegar hasta cerca de la granja con la motocicleta, y la dejé escondida. Luego me acerqué a pie, y simulando que no quería ser vista, me metí por los terrenos de la granja. Cuando me vieron, en seguida vinieron a por mí y me llevaron a la casa, donde estaban dos hombres blancos que…

La explicación de Jennifer no fue interrumpida ni una sola vez. Cuando terminó, el silencio fue total en el interior del automóvil, hasta que la propia Jennifer lo rompió:

—Yo he hecho lo que he podido, señor Valdés… ¿Me dará algo de dinero? Así podré hacer correr la voz de que tengo billetes, y entonces seguro que Norton vuelve conmigo. En cuanto sepa…

—Encárgate de ella, Luis —dijo Valdés.

—Sí, señor —volvió la cabeza Luis, mostrando su blanca sonrisa —. ¡Con mucho gusto!… Vamos, sal del coche, Jenny, guapa.

—¿Qué…? Pe-pero, ¿qué…?

—Conduce tú, Santi —dijo Valdés.

El hombre que estaba situado junto a Luis ocupó el puesto de éste cuando quedó libre. Luis salió del coche, abrió la puerta de atrás y asió de una muñeca a Jennifer, que seguía tartamudeando.

—Vamos, no seas tontita, negra.

—No… ¡No quiero salir, no! ¡Quiero volver a Miami, no quiero que me…!

Luis dio un tirón tan brutal, que Jennifer fue arrancada del interior del coche, y cayó de rodillas en la carretera. Luis dio otro tirón, llevándola hacia los matorrales. El coche se puso en marcha, maniobrando, para enfilar inmediatamente hacia Dania. Jennifer

gemía y gritaba, tendiendo las manos hacia las luces rojas que se alejaban…

—Es un favor especial que le había pedido al señor Valdés, por si se presentaba la ocasión —dijo Luis—: le pedí que, si era posible, me dejase comprobar lo macizas que están tus carnes. Espero que me entiendas…

—No… ¡No! ¡No quiero!

—Te voy a reventar el vientre a puntapiés si no vienes conmigo de buen grado hacia los matorrales, Jenny, conque tú verás. Elige: o te poseo con suavidad, o con malos modales. También me gusta de ese modo, no creas.

—No… No me hagas daño… ¡Por favor, no me hagas daño!

—Entonces, ponte en pie y vamos hacia los matorrales. Y empieza a desnudarte, pues no hace frío… ¿O sí tienes frío?

—No… No, no…

—Así me gusta. Eso es —Luis le dio un manotazo en las nalgas a Jennifer, cuando ésta caminó fuera de la carretera—. Hay que saber tomarse las cosas como vienen, Jenny.

—Sí… Pe-pero él ha dicho… ¿Qué me harás luego?

—No te preocupes: volveré con la motocicleta a Miami.

—Pe-pero, ¿qué…, qué me harás a mí?

Luis sonrió, le hizo dar media vuelta y le subió el jersey con un gesto rápido y violento. Los senos de Jennifer parecieron saltar, como maravillas negras. Luis emitió un rugido ahogado, y derribó a Jennifer sobre las matas. Jennifer dio un gritito de temor, y un respingo cuando Luis cayó sobre ella, ya dispuesto a todo. Sin la menor dificultad, Jennifer podía haberse desembarazado de Luis en cuanto quedaron solos, con un simple golpe. Pero eso no le convenía, porque daría qué pensar a Valdés y a sus amigos. No… Tenía que parecer que ella, simplemente, había tenido suerte de poder escapar de Luis, pero sin que su hazaña mereciese gran atención: simple suerte, eso habría sido todo.

Y pudo conseguirlo. Con Luis jadeando sobre ella como enloquecido, una de las manos de Jennifer localizó por fin una piedra. ¿Quién se sorprendería de que una pobre negra asustada hubiese solucionado su apuro de aquel modo?

Movió el brazo, y la cabeza de Luis crujió bajo la piedra. Fue talmente como si hubiese golpeado un melón. Luis lanzó un grito, y

pareció derrumbarse aún más sobre Jenny, que repitió el golpe, ahora en la nuca.

Esta vez, Luis ni siquiera gritó. Quedó como desparramado sobre la hermosa negra, que le empujó a un lado y se puso en pie. Ni siquiera miró a Luis. Arreglándose las ropas, regresó a la carretera, se aseguró que su maletín seguía bien sujeto en la moto, y subió a ésta.

Instantes después, sin prisas, emprendía el regreso a Miami, donde debería recoger su coche tras abandonar la moto. El coche que había alquilado Lili Connors, la bella rubia, de modo que no podría presentarse con él en el hotel hasta que hubiesen cesado los efectos del «Blackcolor».

Bueno.

No tenía ninguna prisa especial.

Estaba segura de que todos los personajes seguirían el juego… hasta el final. Nadie abandonaría la carrera.

Capítulo V

La carrera de turno terminó, y la pelirroja de los verdes ojos sensacionales dejó de dirigir los prismáticos hacia la pista, para orientarlos de nuevo donde estaba sentado Jacob Gilmore, en su sitio habitual.

Hasta entonces había hablado con dos negros, que seguramente habían pasado a engrosar el contingente de mercenarios que se iban concentrando en la granja. Pero esta cuestión interesaba bien poco a la pelirroja, pues ya sabía lo que podía esperar de ella. Negros y más negros que iban siendo contratados, sin grandes misas, para ser enviados a Angola.

Había otra cosa que la tenía más preocupada. Quince o veinte minutos antes, había visto por allí a uno de los dos amigos inseparables de Juan José Valdés. Luego, había dejado de verlo, durante unos cinco minutos. Ahora, el sujeto en cuestión había aparecido de nuevo, en una de las gradas altas.

La pelirroja le contempló con suma atención. Algo había cambiado en aquel hombre, pero no acertaba a definirlo… ¡Ah, sí! Simplemente, ahora llevaba un periódico, y antes no. Un periódico doblado solamente por la mitad. Como la de una pantera, la verdosa mirada de la pelirroja fue desplazándose sin abandonar a su presa ocular. El hombre seguía desplazándose por una de las gradas altas, donde no había casi nadie. Al parecer, le gustaba estar bien ancho, sin que nadie le molestase.

Los verdes ojos de la pantera pelirroja se entornaron. Era una mujer llamativa, pero diferente a la rubia del día anterior. Vestía con menos elegancia y con más solidez, ropas más largas y pesadas; también el peinado era diferente, y el maquillaje, mucho más abundante ahora que el día anterior. En definitiva, a nadie se le habría ocurrido relacionar a la rubia del día anterior con la pelirroja del día presente. Y por supuesto, cualquiera se hubiese

echado a reír si otra persona hubiese sugerido que la pelirroja se parecía a la negrita Jennifer.

«¿Qué estás tramando? Parece que estás buscando una buena posición…».

Al pensar esto, por fin, la pelirroja palideció un poco.

¿Podría ser?

¿Lo iban a hacer de ese modo?

Rápidamente, guardó los prismáticos en el maletín forrado de raso negro, y del interior de éste sacó una pequeña pistolita de cachas de madreperla, que deslizó discretamente en su escote. Cerró el maletín, lo agarró con la mano izquierda y se dispuso a abandonar su sitio.

Cuando volvió a mirar al amigo de Valdés, el hombre había inclinado la cabeza, y parecía absorto en la lectura de la parte del periódico que tenía doblado. Por los altavoces estaban comenzando a anunciar las características de la próxima carrera de galgos.

La pelirroja iba subiendo grada tras grada, sin perder de vista al amigo de Valdés… Y sus labios, profusamente pintados de rojo, se apretaron cuando vio que la mano derecha del hombre se introducía bajo el periódico doblado. De allí, la mirada de la pelirroja fue al rostro del hombre. Un rostro absolutamente impasible. Y de este rostro, la mirada de la pelirroja fue gradas abajo, hacia donde estaba sentado Jacob Gilmore, casi a ras de pista, vuelto de espaldas, lógicamente, a las gradas altas.

La distancia entre ambos hombres no debía ser superior a los catorce o quince metros.

De nuevo miró la pelirroja el periódico del amigo de Valdés, y lo vio moverse lentamente. Ella estaba a más de treinta metros de aquel hombre. Apretó el paso, subió algunas gradas más y quedó así de lado con respecto al hombre, que ahora distaba apenas veinte metros. Cuando miró su boca comprendió que ya no podía esperar más. En aquel gesto apenas visible, pero que ella conocía sobradamente, estaba todo explicado.

Sacó la pistolita con la mano derecha, puso el maletín como pantalla para los espectadores de las gradas bajas, y apenas sin apuntar, apretó el gatillo… Veinte metros más allá, la cabeza del hombre del periódico experimentó una leve sacudida. Como un simple cabeceo lateral. El cuerpo apenas se había movido, y

prácticamente permaneció en la misma postura cuando la cabeza del hombre cayó flojamente hacia el pecho. La bala le había entrado, impecablemente certera, por el oído izquierdo, y había quedado alojada en el cerebro tras causar la muerte instantánea. Por el oído, de momento, no brotaba ni siquiera una gotita de sangre.

La pelirroja guardó su silenciosa pistolita, y volvió gradas abajo, sin prisas aparentes, y desde luego, mirando a todos lados. No veía a nadie conocido, y parecía que la muerte del hombre no había sido notada por persona alguna.

Llegó a la grada de Gilmore, y fue a sentarse a su lado. Gilmore, que estaba anotando algo en su libreta, alzó la cabeza y desvió los ojos hacia ella. En sus ojos muertos hubo un destello brevísimo de sorpresa y desconcierto.

—Perdone, señorita —murmuró—. Estoy esperando a un amigo que se sienta…

—Donde tiene usted un amigo, es detrás —dijo la pelirroja—. Échele un vistazo y dígame si le conoce.

Jacob volvió la cabeza.

—¿A cuál se refiere?

—Está solo, en una de las últimas gradas… Detrás de usted, en línea recta.

—Sí, ya le *veo*… No le conozco.

—Será mejor que salgamos de aquí.

—Ya le he dicho que estoy esperando…

—Olvídelo. Ya contratará negros en otro sitio. Ahora hay que salir de aquí. Y pronto y bien, vigilando con cien ojos cada uno. No iremos hacia su coche, sino hacia el mío.

—¿Quién es usted?

—¿Aún no ha comprendido que quieren matarlo, señor Gilmore? El hombre que le he señalado está muerto… He tenido que meterle una balita por un oído, porque se disponía a disparar contra su espalda. No sé qué piensa usted, pero yo me voy de aquí. ¿Viene o se queda?

—Entiendo que me ha salvado la vida.

—Sin la menor duda posible. Cuatro o cinco segundos más de demora en mi intervención, y usted estaría ahora muerto. Puedo decirle algo más que no sé si será revelador para usted: el hombre

que he matado es amigo de un tal Juan José Valdés. ¿Le dice eso algo?

—Caminaré detrás de usted —se puso en pie Gilmore.

—Muy bien.

La pelirroja también se puso en pie, y abrió la marcha hacia el pasillo de escalones entre las gradas. Subieron unas cuantas, enfilaron una salida, y luego el gran pasillo circular. Los altavoces volvían a anunciar la próxima carrera de perros… Una carrera violenta, pero menos que la que realizaban los seres humanos. Una carrera en la que uno de los participantes ya no llegaría al final, merced a un pequeño pedacito de plomo. En cambio, los perros, fuesen en primer lugar o en el último, llegaban todos…

La pelirroja se detuvo, esperó a que Gilmore llegase a su altura y se colgó de su brazo.

—Hay otro —susurró—. Nos ha visto, y tiene que haber comprendido que algo le ha ocurrido a su compañero.

—¿Les conoce usted? ¿Cómo…?

—Anoche tuve relaciones… comerciales con ellos. Y con Juan José Valdés. ¿Por qué puede querer matarle así, de pronto?

—No lo sé.

—A mí se me ocurre algo. ¿Conocía usted a Rafael y a Benigno?

—Sí. Son dos desgraciados que acostumbran corretear por aquí detrás de mí. Por cierto, que hoy no los…

—Están muertos. Alguien les mató anoche. Valdés ha debido pensar que usted lo hizo, y ha querido vengarse. Pienso que, además, sabe que si le mata a usted, su amigo Álvarez quedará solo… y será más fácil de manejar.

—¿Quién es usted?

—Llámeme Jennifer —sonrió la pelirroja.

Gilmore quedó como paralizado, tan bruscamente, que incluso perdió el equilibrio hacia delante, siguiendo el sentido de la marcha. Se quedó mirando con expresión primero sobresaltada y luego incrédula a la pelirroja.

—No sé si debo interpretar…

—Lo que tiene que interpretar es lo que le he dicho hace un instante: hay otro hombre, que nos ha visto y que nos está siguiendo. Vamos, señor Gilmore, sea razonable: las preguntas y aclaraciones, a su debido tiempo.

—Está bien.

Siguieron caminando. Sin ningún disimulo, la pelirroja volvió la cabeza y, en efecto, vio al otro amigo, de Valdés que caminaba tras ellos. Tampoco parecía esforzarse demasiado en disimularlo, desde luego.

Y esto era mala señal.

Muy mala señal. Lo cual tuvo pronto una explicación: el hombre no estaba solo. A medida que caminaban, parecía que la pelirroja y Gilmore se iban metiendo en una cuña que se iba cerrando más y más.

—Hay otros dos hombres —musitó Jennifer—. ¿Los ha visto?

—Sólo a uno.

—El otro está cerrando la cuña por delante de nosotros. Nos están empujando hacia la salida que a ellos les interesa. Es decir, que si salimos del canódromo por ahí, nos van a acribillar… Por lo tanto, media vuelta.

—¿Qué?

—¡Media vuelta!

—Pero…

—Un giro de ciento ochenta grados. Vamos, no sea terco, Gilmore. Les vamos a desconcertar de momento. Luego sabrán que nosotros sabemos que ellos están aquí, pero no podrán impedir que caminemos hacia otra salida. Y no van a disparar aquí dentro, de momento.

—Está bien.

Dieron media vuelta, y caminaron hacia otra salida. La pelirroja Jennifer miraba ya con absoluto descaro a los hombres que la seguían a ella y a Gilmore. En total eran tres. Uno de ellos era el llamado Santi, el que la noche anterior había ocupado el puesto de Luis ante el volante del coche de Valdés cuando Luis se apeó para retozar con la negrita entre los matorrales… ¿Qué habría sido de Luis?

Lo supo en cuanto salió del canódromo, siempre agarrada al brazo dé Gilmore: Luis estaba al volante de un coche, circulando lentamente. Al verla a ella no hizo caso, pero en seguida vio a Jacob Gilmore a su lado, y frenó en seco. Luego vio a sus compañeros salir en pos de la pareja, y comprendió.

Conteniendo una seca sonrisa al ver la vendada cabeza de Luis,

Jennifer desvió la marcha hacia donde había dejado su coche, no muy lejos de allí.

—Le voy a dar las llaves de mi coche —dijo, tranquilamente—. Cuando lleguemos, usted se sienta ante el volante. Va a conducir. Solamente eso, no se preocupe de nada más… ¿Comprende?

—Sí. Pero todo eso será suponiendo que lleguemos al coche. El mío está más cerca, y podríamos…

—No. Si nos ven acercándonos a su coche es posible que se decidan a disparar, antes de que tengamos tiempo de entrar. El mío no lo conocen, así que no pueden saber que vamos a entrar en él… hasta que ya estemos dentro. Luego, arranque, eso es todo.

Gilmore no contestó. Jennifer volvió de nuevo la cabeza, vio a Santi y a los otros dos, caminando tras ellos. El coche circulaba lentamente, con Luis al volante… La cosa se iba a complicar, desde luego.

—Este es mi coche.

Incluso Gilmore se sorprendió. Abrió, se sentó ante el volante y cerró la portezuela. Se inclinó para abrir la otra, mientras Jennifer, que se había protegido con el coche, acababa de rodearlo. Entró en seguida, cerró, y pasó ágilmente al asiento de atrás, mientras Gilmore salía ya de la plaza de estacionamiento.

Segundos después el coche circulaba a marcha moderada, alejándose del canódromo. Desde el asiento de atrás, Jennifer había visto a Santi y los otros dos meterse rápidamente dentro del coche que conducía Luis, el cual, por supuesto, iba ahora tras ellos.

—¿Qué hacemos ahora…? —preguntó Gilmore, con cierto sarcasmo.

—Suba hasta la N. W. 7th y gire a la izquierda. Vamos a ir hacia el aeropuerto internacional… Mejor dicho, por la Siete en dirección a los lagos. Al llegar a Red Road, suba, para cruzar por encima del Tamiami Canal. ¿Puede hacerlo?

—Sí. Por ahí llegaremos a Weatherford Boulevard.

—Nosotros sí llegaremos.

Gilmore miró a Jennifer por el retrovisor, y apretó más los delgados labios, que parecieron desaparecer.

Por su parte, Jennifer había abierto el maletín, del cual sacó el trípode de aluminio para fijar la cámara fotográfica, y lo desmontó en tres piezas que luego ensambló formando un solo tubo. Este tubo

lo encajó al culatín del secador del cabello a pilas. Y luego, por la punta del tubo introdujo una cápsula plateada que sacó del interior de un tarro de crema facial… que nunca utilizaba.

Habían cruzado ya la North West 42nd, llamada Le Jeune Road. Poco después, pasaban delante del Mount Nebo Cemetery.

—Estamos llegando a Red Road —musitó Gilmore—. Si tienen proyectado atacarnos lo harán en cuanto lleguemos allá, mientras estemos en la parte de los lagos.

—Ya lo sé.

—Bien.

Jennifer bajó el cristal de la ventanilla izquierda de atrás. Luego, se volvió a mirar. Por supuesto, el coche de Luis continuaba tras ellos.

Llegaron a Red Road. Casi en seguida vieron el brillo de las aguas del Tamiami Canal, y más arriba, la espejeante superficie del Blue Lagoon Lake. Más por delante aún, las luces de un gigantesco avión destacaban en la oscuridad del cielo…

El coche de Luis empezaba a aproximarse. El lugar era el adecuado, así que aquel grupo de hombres se disponía a asesinar a Gilmore y, por supuesto, ya que estaba con él, a la pelirroja.

Esta se colocó adecuadamente para poder sacar por la ventanilla la cabeza, el brazo derecho y el tubo-fusil de aleación especial de aluminio. Las estrellas y algunos reflejos de Red Road se reflejaron en el tubo.

«Quizá sea excesivo disparar contra el coche… Voy a hacerles primero una pequeña demostración, para disuadirles…».

Apuntó por delante del coche perseguidor, y apretó el gatillo. Se oyó un suave zumbido, y al instante, en la calzada; entre ambos caches, brotó una llamarada de intenso tono azul, que inmediatamente tomó un tono rojo, mientras el estampido, más bien el rugido, de la bola de fuego brevísima, se expandía fuertemente, ocasionando una luz vivísima, que hizo respingar a Gilmore.

—¿Qué es eso? —exclamó.

—Ocúpese del volante.

La pequeña cápsula incendiaria era suficiente para que los perseguidores comprendiesen que no estaban luchando contra un enemigo corriente o, al menos, no corrientemente armado. Lo

inteligente por su parte habría sido desistir de la persecución, comprendiendo que tenían las de perder.

No hicieron esto.

En lugar de, tras sortear el rojo boquete con dificultades, detenerse o emprender el regreso, hicieron todo lo contrario… El coche perseguido aumentó la velocidad, y desde las ventanillas comenzaron a disparar. Todavía asomada a la ventanilla, Jennifer vio los puntos rojos de los silenciosos disparos, y oyó el repicar de algunas balas contra la carrocería… Dos de las balas pasaron muy cerca de su cabeza, con fuerte crujido. Jennifer, que había apretado los labios, tuvo que separarlos para increpar a Gilmore, que había comenzado a frenar.

—¡Siga, no se detenga!

—Voy a ayudarla a…

—No diga tonterías… ¡Siga!

Introdujo otra cápsula dentro del tubo-fusil, apuntó, y apretó el disparador. De nuevo el suave zumbido…

Esta vez la cápsula fue a estallar también en el suelo, pero delante mismo del coche que conducía Luis. Este fue visible un instante en color azul, y en el acto en rojo, mientras el coche era alzado por el morro con tal fuerza que dio una vuelta y media de campana, y fue a caer seis metros más atrás, con las ruedas hacia arriba y envuelto en una llamarada enorme.

Por el retrovisor, Gilmore veía la llamarada, que precisamente por el espejo se reflejaba en sus muertos ojos negros. La pelirroja se había sentado cómodamente atrás, y decía:

—Acelere: no me parece conveniente esperar a la Policía para darles explicaciones.

—Estamos de acuerdo. No debe haber quedado ni un hombre vivo, en ese coche.

—Se equivoca. Si hubiese querido eso, habría disparado contra el parabrisas. Espero que el coche les haya protegido y, todo lo más, serán llevados al hospital con algún hueso roto y pocas quemaduras… A menos que hayan sido tan tontos de quedarse dentro del coche.

—¿Qué clase de armas utiliza usted?

—Tengo una mejor que esa que ha visto, Jacob: la inteligencia. ¿Dispone usted también de esta arma?

—Sí.

—Entonces, vamos a un sitio donde podamos hablar con tranquilidad.

—¿Se le ocurre alguno?

—Desde luego: su apartamento.

—¿Mi…? ¿Está loca? ¡Valdés va a enviar allí a todos los hombres que tenga disponibles en cuanto se entere de lo que ha ocurrido!

—Tardará en enterarse. Mientras tanto, usted y yo iremos a su apartamento. Más que nada, porque quiero que recoja todo lo que haya allí que tenga en estima o que pueda servir de pista a Valdés cuando envíe más hombres a por usted.

Es decir, que usted ha decidido que abandone mi apartamento.

—¿Le parece una medida arbitraria o tonta?

—No —musitó Jacob Gilmore.

Capítulo VI

Encendió la luz, esperó a que Jennifer entrase, y él lo hizo entonces. Cerró la puerta, y movió un brazo, abarcándolo todo con aquel gesto.

—Considérese en su casa…, si no le da asco.

—He estado en sitios peores.

—Lo dudo.

El apartamento constaba de una pieza principal que era, a la vez, recibidor, comedor y salita. A la derecha había dos puertas, una que correspondía al lavabo y la otra al único dormitorio. Enfrente mismo de la entrada, otra puerta, que correspondía a la cocina. Ciertamente, antes de emitir una opinión, habría que revisarlo todo más a fondo, pero Jennifer pensó que ni siquiera hacía falta. El lugar era sencillamente repugnante, con un denso, mareante olor a… sí, a ginebra. Y a cerveza. Todo mezclado. Por el suelo había botellas y latas vacías. Había una mesa polvorienta, tres sillas y dos sillones, uno con los muelles saliendo del asiento. Del techo pendía una bombilla de escasa potencia, sucia como pocas cosas había visto tan sucias en toda su vida Jennifer…

Cuando miró a Gilmore, éste la estaba contemplando a su vez con irónica sonrisilla.

—¿Le apetece tomar algo? —ofreció, sarcástico.

—Tomaré lo mismo que usted.

—Ya lo veremos.

Poco después, Jennifer comprendió por qué olía todo a ginebra y cerveza mezcladas. Sencillamente, porque eso era lo que bebía Jacob Gilmore. Regresó de la cocina con dos latas de cerveza, una botella de ginebra, y una desportillada jarra de barro en la que vertió el contenido de las dos latas y la botella. Tiró éstas a un lado y ofreció la jarra a Jennifer.

—¿Quiere hielo?

—No entiendo por qué tiene que ser sarcástico conmigo, Jacob. Y otra cosa: ¿realmente bebe usted esto?

—Sí.

—¿Por qué?

—A usted no le importa.

—Quizá sí.

—Me gustaría saber qué derecho puede usted alegar para que yo admita que le importa lo que yo haga con mi vida… ¿Quiere beber, o no? Tenemos que darnos prisa. No quisiera que Valdés atacase a José Raimundo en mi ausencia.

—No debe preocuparse por eso. Valdés no atacará a un hombre que tiene contratados a treinta y seis…

—Es verdad —parpadeó Gilmore—. ¡Eso hay que celebrarlo!

Alzó la jarra, y bebió un largo trago. Luego, dejó la jarra sobre la mesa, se pasó el dorso de la mano por la boca y se quedó mirando a Jennifer. Esta alzó la jarra, bebió un trago y cerró los ojos, para continuar bebiendo… Cuando los abrió, Gilmore la contemplaba de aquel modo, sarcástico, cruel, hiriente.

—El retrete está allí… —señaló la puerta—. Aunque si se encuentra demasiado mal, por mí puede vomitar aquí mismo. Será un detalle más en la elegante decoración… Recogeré mis cosas.

Jennifer asintió, y se dejó caer en un sillón. Realmente, sentía unas espantosas náuseas, pero sabía que podría controlarlas. Sólo necesitaba estar quieta un par de minutos, respirando adecuadamente. Le parecía que dentro del estómago tenía una repugnante bola de algo blando y viscoso, y tenía que disolverla, simplemente llenándolo de aire.

Cuando terminó las inspiraciones y abrió los ojos, Jacob Gilmore estaba sentado en otro de los sillones, frente a ella, siempre contemplándola de aquel modo sarcástico.

—¿Se encuentra mejor? —se interesó.

—¿Cómo puede usted… beber eso?

El ex agente de la CIA encogió los hombros.

—Ya he recogido mis cosas… Podemos marcharnos. Después de que termine la jarra, claro está… ¿Quiere más?

—No, gracias.

Gilmore bebió otro trago, y suspiró profundamente. Jennifer vio la pequeña carpeta que tenía sobre una rodilla, y la señaló.

—Al parecer, eso es todo lo que tenía que recoger.

—Así es. Algunos documentos y viejos recuerdos… Nada importante, de todos modos. ¿Puede usted aclararme eso de que se llame Jennifer… y el modo en que lo dijo?

—Soy la negra que estuvo anoche en la granja.

—¡No es posible! Si hubiese ido maquillada de algún modo, o estuviese maquillada ahora, yo lo notaría.

—Dejemos eso. ¿Qué está usted preparando, Jacob?

—¿Se refiere a los negros?

—¡Claro!

—Estoy reclutando una buena cantidad de mercenarios para enviarlos a Angola.

—¿Con qué medios cuenta para ello?

—José Raimundo tiene dinero.

—Ya. ¿Es él quien le ha estado manteniendo a usted durante todos estos años?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque somos amigos.

—Pero usted es un hombre joven y fuerte… O lo sería, si no estuviese degenerado y consumido por el alcohol. ¿Por qué lo hace? ¿Qué le ocurre a usted? ¿Por qué lleva doce años sin trabajar, viviendo a costa de otro hombre?

—Eso no es cuenta suya.

—Le he salvado la vida, ¿lo recuerda? Creo que sólo por eso ya debería ser usted un poco más considerado conmigo, Jacob.

—Es posible que tenga razón… Pero ocurre que no me gusta hablar de mí mismo. El tema no merece la pena. Hablemos de Juanjo Valdés, por ejemplo… Naturalmente, usted está contra él.

—Todavía no estoy segura, pese a lo ocurrido. No sé quién es él y a qué se dedica. Cuando sepa eso de él, y de usted y su amigo José Raimundo, quizá pueda tomar partido por uno u otro bando.

—Me parece razonable —admitió Gilmore; bebió otro largo trago de la jarra—. En cuanto a José Raimundo y yo, ya sabe usted a qué nos dedicamos: a contratar mercenarios negros para Angola. Lo de Valdés es muy diferente… ¿Entiende usted algo de espionaje?

—Me da la impresión de que se está burlando de mí, Jacob.

—La verdad es que sospecho que usted es de la Policía, o mejor

aún, del FBI… ¿Me equivoco?

—No demasiado.

—Bien. En ese caso, voy a prestarle un servicio… A usted personalmente, que quede bien claro, como agradecimiento por haberme salvado una vida que no vale nada. Se trata de Valdés: está dirigiendo la instalación de la más grande célula de espionaje rusocubano que pueda usted imaginar…

—¿Ahora que las cosas se están arreglando entre Estados Unidos y Cuba?

—Precisamente.

—¿Está seguro de lo que dice?

—Por completo. Desde Miami, la telaraña se irá extendiendo por todo el país, y dentro de cinco años, en que las relaciones entre Cuba y Estados Unidos serán presumiblemente buenas, Cuba, y por extensión Rusia, dispondrán de un servicio de espionaje magníficamente montado en todo el territorio. Ríase usted de los viejos tiempos de la guerra fría. Compréndalo: Rusia tiene que disponer de medios de controlar el desarrollo de las relaciones que se vayan estableciendo entre Estados Unidos y China, por ejemplo. Y el mejor modo de saberlo es recibir partículas de información de todo el país. Esto como ejemplo. En líneas generales, es evidente que Rusia no piensa cesar *jamás* en su empeño de tener bien controlado a Estados Unidos, en todos los órdenes. El espionaje es como las olas del mar: se van sucediendo unas a otras, siempre diferentes pero siempre iguales. Lo que hoy está pasado de moda porque pertenece a los años cincuenta, pasado mañana volverá a estar de moda. Parece que el hombre ha detenido su capacidad de inventiva… Ha desarrollado la técnica, desde luego, pero no la intención: siempre quieren saberlo todo sobre el enemigo.

—El tipo de espionaje que usted está mencionando ha sido superado hace tiempo, Jacob.

—¿Eso cree? De acuerdo. Hay ahora en el cielo unas máquinas volantes que lo ven todo. Incluso pueden ver cuándo Fidel Castro va al retrete, por ejemplo… Y eso, desde muchos kilómetros de altura. Está bien, es cierto. Saben dónde están las divisiones de tropas, cuándo y hacia dónde se mueven, ven las formaciones de aviones, o de carros de combate, cañones, artillería pesada o ligera… Desde arriba, lo ven todo. Y de tanto mirar desde arriba, ya no saben

mirar a los hombres cara a cara.

—¿Qué quiere decir?

—Ya le he dicho que todo vuelve a empezar. Usted acaba de decirme que el tipo de espionaje al que yo me refiero, ha sido superado. Muy bien. Y ahora, yo le digo que el tipo de espionaje al que se refiere usted, al espionaje espacial, tecnológico, tan sofisticado y científico, ha sido ya superado, a su vez… Como las olas del mar, sí. Ahora vuelven las viejas olas que yo conocí, y se ven las olas de la época de usted. Ahora en Rusia han llegado a la conclusión de que había que superar el espionaje espacial, y lo han hecho de ese modo: han vuelto al espionaje de hombre a hombre… ¿No lo sabía?

—No —musitó Jennifer.

—Yo creo que sí lo sabía, porque usted, en el fondo, siempre ha sabido que el espionaje es vigilar al hombre y sus pensamientos, no el movimiento de máquinas. ¿Verdad que sí sabía usted esto perfectamente?

—Quizá.

—Está bien, tome la actitud que quiera. Pero ya se lo he dicho: cuidado con Juan José Valdés. Es un cerebro de primera categoría, un exiliado cubano que, en realidad, durante todos estos años ha estado trabajando siempre para el espionaje rusocubano, y que últimamente está organizando una gran célula cuyo núcleo estaría en Miami. El hombre volverá a espiar al hombre. Desde arriba, una máquina no ve más que la superficie de las cosas. Desde aquí, usted lo sabe muy bien, es de donde se ven las cosas de verdad, y es posible saber qué piensa el hombre. Por eso, le insistiré: cuidado con Juan José Valdés. Si el FBI lo detuviese y lo interrogase adecuadamente, tenga por seguro que las revelaciones de Valdés darían el gran susto de sus vidas a los señores de Washington.

—¿Valdés quiere matarlo a usted porque sabe todo esto?

—Espero que sea así.

—No comprendo.

—Quiero decir que supongo que Valdés, en efecto, nos considera gente… inquietante a José Raimundo y a mí, y por eso nos tiene vigilados, porque teme que podamos desenmascararlo… Espero que sea sólo por eso.

—¿Por qué otra cosa habría de ser?

—Por lo dé Angola. Es decir, por el hecho de que estemos contratando mercenarios.

—¿Qué puede importarle eso a Valdés?

Jacob Gilmore asió la jarra y terminó su contenido de un largo trago. La tiró a un rincón y se puso en pie.

—No olvide nada de lo que le he dicho —murmuró.

Jennifer también se puso en pie.

—Me ha dicho cosas interesantes, y se lo agradezco, Jacob. Serán tenidas en cuenta. Pero quiero que me diga también cosas sobre usted. Quiero saber…

—Nadie puede sentir interés por mis cosas.

—No sea absurdo. Yo misma siento interés.

—¿Qué clase de interés? ¿El de un científico por un bicho raro?

—Qué tontería… Usted es un hombre, y yo una mujer. ¿No sería eso suficiente para sentir interés el uno por el otro?

—La repugnancia es siempre más fuerte que el interés.

—¿Repugnancia? ¿Por qué motivo?

—Escuche…, no me gusta que intenten burlarse de mí. Y no puedo admitir que usted no se haya dado cuenta de que soy un tipo simplemente repugnante. Así que deje de…

—Vamos, Jacob, vamos… —Jennifer se colgó de su cuello y sonrió dulcemente—. Se está subestimando usted mismo. Es un hombre, y riada más… y nada menos que eso. Sólo tendría que dejar de beber como si fuese una bestia, lavarse, y someterse a un lavado de cerebro sobre los muchos traumas que debe haber en su mente. Con eso, sería usted un hombre formidable en muy poco tiempo.

—Está usted perdiendo el tiempo. Además, ¿qué ganaría yo con eso?

—Una vida más digna. Y con más sentido.

—Ninguna vida puede tener sentido sin amor.

—Estamos de acuerdo. Pero usted tendría amor, Jacob.

—¿Quién me daría amor?

—Cualquier mujer.

—¿Usted, por ejemplo?

—¿Por qué no?

—¿Qué clase de amor?

—Toda clase de amor que usted mereciese, Jacob.

—¿Incluso el físico?

—¡Oh, por Dios, qué tontería…! ¡Claro que sí! El amor no es sólo la complacencia física, pero la complacencia física forma parte del amor, y en gran medida. Si alguien decía amarlo, querría decir que lo amaba en todos los sentidos.

—¿Usted no sentiría repugnancia por acostarse conmigo?

—Claro que no. Lo que no sé es si podría llegar a amarlo, pues eso es más profundo, pero sí sé que no tendría inconveniente en acostarme con usted. Físicamente, ninguna mujer lo tendría. No entiendo por qué se desprecia usted a sí mismo.

Jacob Gilmore se pasó la lengua por los labios. Luego, muy despacio, se inclinó sobre los de Jennifer, y los besó. Ella se apretó contra él, correspondiendo al beso… mientras el olor de la ginebra y la cerveza penetraba en su cuerpo con una violencia tan espantosa que estuvo segura de que no podría soportarlo… Notó las manos de Jacob subiéndole la ropa, y todo lo que hizo fue gemir dulcemente. Luego, notó las manos de él en los pechos, que habían sido desnudados de toda ropa… La boca de Gilmore se deslizó desde su boca hacia la barbilla, y luego hacia la garganta femenina, mientras la voz susurraba:

—Vamos a la cama… ¿Quieres?

—Sí, Jacob.

Entraron en la habitación. Sólo con ver la cama, el estómago de Jennifer se encogió. Al mismo tiempo, como en un relámpago, la imagen de un hombre pasó por su mente… La imagen de un hombre de rostro adusto, ojos negros, cabellos color cobre… Ni para él ni para ella aquello tenía importancia, pero Jennifer, Brigitte Montfort, se sintió culpable por estar dispuesta a entregarse a otro hombre que no fuese Número Uno… Pero él lo comprendería. Cuando lo viese, se lo explicaría todo, y él lo comprendería: había tenido que entregarse a Jacob Gilmore para que éste recuperase su fe en sí mismo, para intentar encauzar de nuevo su vida, para que volviese a ser una persona, un ser digno… Aunque tuviese que entregarse varias veces a Jacob, lo haría. Lo haría por amor a un hombre que había sido agente de la CIA. Un amor que no tenía nada que ver con el amor que sentía por Número Uno, pero que también era amor… Y él lo comprendería. Número Uno siempre lo comprendía todo. Todo.

Ante ella, Jacob Gilmore la estaba desnudando. Le había quitado ya la ropa de la parte superior del cuerpo, y la contemplaba con aquellos ojos muertos, inertes, que fueron deslizándose por los senos, por los hombros, la garganta…, hasta llegar a los verdes ojos de la pelirroja…, que le sonrió.

—Date prisa —dijo, colocando las manos de él sobre sus erguidos pechos—. No podemos entretenernos demasiado, Jacob…

—¿Realmente estás dispuesta?

Ella volvió a rodearle el cuello con los brazos. Brazos que parecían de seda, de oro, de sol.

—Claro que sí. ¿Cómo tengo que decírtelo? Deseo… ¡Aaaa!

El puñetazo que recibió Jennifer en el estómago no fue excesivamente fuerte, pero sí lo suficiente para arrancarle aquel breve grito de dolor, y para separarse de Gilmore y encogerse debido al dolor… Entonces, el puño derecho de Jacob Gilmore la golpeó en la punta de la barbilla, con potencia y precisión impecables.

Los ojos de Jennifer giraron de tal modo, que una de las verdes lentillas salió despedida hacia el techo mientras ella, privada instantáneamente de los sentidos, caía de espaldas sobre la mugrienta cama.

Gilmore buscó la lentilla por el suelo. Cuando la encontró, se inclinó sobre Jennifer y, con gran cuidado, le retiró la otra de la pupila. Dejó ambas dentro del maletín de la pelirroja, que fue a buscar afuera. Lo dejó abierto… para colocar dentro, con gran cuidado siempre, la roja peluca que retiró de la cabeza de Jennifer. Luego, siempre con exquisito cuidado, Gilmore retiró de la nariz de Jennifer los pequeños aros de plástico, con lo que la nariz recobró la forma auténtica; lo mismo hizo con las pequeñas almohadillas de espuma de nilón que llevaba dentro de la boca. Luego, con un pañuelito de ella que mojó con perfume, retiró el exceso de maquillaje, hasta que, finalmente, quedó ante él, genuino, el rostro de Brigitte Montfort.

—¡Dios! —jadeó Gilmore, profundamente impresionado—. ¡Qué hermosa es!

Estuvo un par de minutos contemplándola, absorto. Acercó una mano a los desnudos senos y los acarició, como si temiese romperlos o ensuciarlos.

—Qué hermosa es, qué hermosa… ¡Dios, qué hermosa!

De pronto, sacudió la cabeza, como regresando a un mundo de realidades. Cerró el maletín de Jennifer, colocó bien las ropas de ella, de modo que quedó vestida, y deslizó una mano por una mejilla de la desvanecida espía.

—De todos modos, gracias… —susurró—. Gracias por todo, Baby…

Capítulo VII

Cuando recobró el conocimiento, se encontró en un lugar oscuro. Un lugar oscuro, en el que había una resonancia, como un zumbido continuo. Había abierto los ojos, estaba segura de ello; pero no veía nada.

Lo que no podía abrir era la boca. Tardó apenas un segundo en comprender esto: había sido amordazada. Por suerte, parecía que no con esparadrapo, sino con tela corriente. Y también tenía las manos atadas a la espalda. Y los pies, uno al otro… En resumen, a los pocos segundos de recuperar el conocimiento, Brigitte supo que estaba muy bien empaquetada y amordazada y viajando en el portamaletas de un coche.

Muy bien.

Ya sabía eso.

Pero no tenía ni idea de por qué Jacob Gilmore había tenido aquella reacción. ¿Quizá había estado todo el tiempo desconfiando de ella? ¿La había dejado hacer su juego, hasta que se cansó?

«Debí decirle quién soy… Espero estar todavía a tiempo. Seguramente es él quien conduce el coche. Me debe estar llevando a un sitio… A la granja, claro. En cuanto me quite la mordaza le diré que soy Baby. Aunque haga años que no esté en activo, tiene que saber quién es Baby. Sí, se lo diré y lo aclararemos todo bien. He debido hacerlo desde un principio. Aunque… ¿quizá él ya lo ha sospechado y precisamente por eso me ha golpeado? ¿Está tramando algo que él sabe que Baby no le permitiría?».

El viaje duró un tiempo más. Finalmente, la resonancia cesó, así como el sentido de movimiento: el coche se había detenido, el motor había sido apagado.

Pero la tapa del portamaletas no se abrió. Acurrucada en el pequeño espacio, la espía internacional se esforzaba por comprender lo que ocurría a su alrededor por medio de los sonidos

que le llegaban. Pero los sonidos eran confusos y amortiguados. Parecía que había muchas personas hablando, moviéndose. En un par de ocasiones le pareció oír la voz de Jacob Gilmore…

Mientras tanto, naturalmente, Brigitte intentaba soltarse, pero no había modo de lograrlo. Había sido atada con cuidado, diríase que con amabilidad, pero con eficacia; con eficacia indiscutible.

Por fin, se dio cuenta de que hacía varios minutos que todo estaba en completo silencio. No oía absolutamente nada. Y de pronto, inesperadamente, la tapa del portamaletas se alzó, y algo fue arrojado al interior. La tapa fue cerrada nuevamente, ocultando el resplandor de estrellas visto un instante. Brigitte se movió como pudo dentro del maletero, hasta que sus manos atadas a la espalda pudieron tocar lo que un hombre acababa de tirar allí dentro.

Su maletín.

Era su maletín.

Un escalofrío de alegría recorrió la espalda de la divina espía. Porque con aquello, estaba comprendido todo. Jacob Gilmore debía haber registrado el maletín, y a partir de ese momento, o quizá incluso desde antes, entró en conocimiento de que la mujer que se le había ofrecido era Baby. Sí, Gilmore tenía que saber que Baby seguía actuando y no podía sorprenderse porque ella hubiese querido intervenir en el extraño caso de un ex Simón que estaba reclutando mercenarios particularmente. Todo estaba comprendido. Ahora le devolvía su maletín, sabiendo que en él había cosas con las que Baby podría soltarse y salir de allí por sus propios medios.

Y así fue.

Tardó más de media hora, pero lo consiguió. Pudo abrir el maletín, presionando el cierre como sólo ella sabía hacerlo para casos de emergencia, y, efectuando una contorsión digna de una culebra, se las arregló para alzar la tapa después de apartarse. Cuando consiguió agarrar el cepillo para el cabello, la transpiración cubría, como una fina película brillante, la piel de la espía.

Pero al apretar el mango del cepillo, apareció por el extremo el agudo estilete de acero. Y a partir de ahí, la operación resultó relativamente fácil. Consiguió soltarse las manos, retiró la mordaza y aspiró profundamente, y luego liberó sus pies. Por último, y tras escuchar atentamente mientras recuperaba el ritmo respiratorio, encontró su linterna-bolígrafo dentro del maletín. Una vez

encendida, comprobó que dentro del maletín no faltaba nada. Incluso estaba allí su pistolita de cachas de madreperla.

Con el estilete del cepillo para el cabello, abrió el cierre del capó, que se alzó con fuerza, impulsado por el muelle. Brigitte aspiró el fresco aire de la noche, fija la mirada en el cielo lleno de estrellas.

El silencio era total, pero a su izquierda había luz. Miró hacia allí y vio la casa, con dos ventanas de la izquierda iluminadas. ¿Había quedado alguien en la granja? La impresión que ella tenía era que todos se habían marchado, lo cual era lógico. Jacob Gilmore y José Raimundo Álvarez no podían ser tan tontos o imprudentes como para quedarse allí sabiendo que Valdés los estaba buscando y, posiblemente, también la CIA.

Brigitte guardó sus cosas en el maletín, excepto la pistolita, y saltó fuera del coche.

«¡Qué silencio!».

Se acercó a la casa, llevando el maletín en la mano izquierda y la pistolita en la derecha. Llegó ante la puerta y la empujó con la punta de un pie. La puerta cedió. Retrocedió vivamente, apuntando hacia el hueco, pero nada sucedió. Desconfiada, fue a mirar por la ventana de la pieza central, pero no vio nada importante o peligroso adentro. Nada ni nadie. Volvió ante la puerta, empujó decididamente y entró en la casa.

Tampoco había nadie en el recibidor. Fue hacia el comedor-salón, empujó la puerta y entró. No había nadie allí, desde luego.

¿Y bien?

No tenía en aquel momento ninguna pista que le permitiera localizar a Jacob Gilmore. Sencillamente, este, con Álvarez y los mercenarios, se habían marchado, habían abandonado la granja. Por lo tanto…

—¡Mmmmm…! ¡Mmmmmm!

La azul mirada de la espía se dirigió velozmente hacia el mugriento sofá. No había nadie sentado allí, claro. Pero aquel sonido humano se repitió… detrás del sofá. *Detrás*. Esgrimiendo la pistolita, Brigitte pasó al otro lado. Primero, respingó, debido a la sorpresa. Luego, una sonrisita apareció en sus labios.

—Esto sí que es una sorpresa —dijo.

Tendido en el suelo, atado de pies y manos mucho más

sólidamente de lo que había estado ella dentro del maletero de su coche, estaba José Raimundo Álvarez. Había sido convertido en un fardo a base de cuerdas y más cuerdas, que le impedían el menor movimiento. Incluso, una cuerda que se prolongada desde sus pies, y otra desde su cuello, lo tenía amarrado al sofá, de tal modo que no podía separarse de éste. Y, ciertamente, estaba fuertemente amordazado.

—¡Mmmm…!

—Sí, ¡cómo no!, lo voy a soltar, señor Álvarez. Es José Raimundo Álvarez aspiró profundamente, y en seguida jadeó:

—¡Pronto, desáteme! ¡Pronto, pronto!

—Calma, calma —sonrió la espía—. Como usted comprenderá, me sorprende encontrarlo así, señor Álvarez, y quiero que me dé una explicación.

—¡No tenemos tiempo para explicaciones!

—Yo creo que sí. Lo que no tenemos es tiempo para perder en negativas y conversaciones tontas, pero para dar una explicación breve y concreta siempre hay tiempo. ¿Por qué está usted así? ¿Debo interpretar que Jacob le ha traicionado?

—No… Sí… Bueno, no exactamente… ¡Sí, maldito sea!

—Defínase, por favor. ¿Le ha traicionado o no?

—¡Suélteme!

El ceño de Brigitte se frunció.

—Señor Álvarez, ¿sabe usted quién soy yo?

—Sí… Jacob me lo dijo antes. Usted es la agente Baby, de la CIA. Según Jacob, también es la negra que estuvo aquí anoche, pero eso, ni él ni yo lo hemos entendido bien. Lo que sí ha entendido muy bien Jacob es que usted es la agente Baby… Ha dicho que lo comprendió, en cuanto supo que usted había matado a un hombre en el canódromo y se estaba jugando la vida por ayudarle a él. Me dijo que le diese las gracias en su nombre *por todo*, y que le perdone por haberla engañado, pero tenía que hacerlo, pues sabía que usted se opondría a nuestros proyectos.

—¿Qué proyectos?

—Por favor, suélteme. Tengo que ir a reunirme con él… ¡Quizá todavía llegue a tiempo!

—A tiempo, ¿de qué? ¿Adonde?

—¡No puedo decírselo! —gritó Álvarez.

Baby optó por sentarse en el suelo, y cruzó las piernas a estilo árabe.

—Bueno, estaremos aquí conversando hasta que usted quiera, señor Álvarez. Yo no tengo prisa. ¿Y usted?

—Por Dios… ¡Tiene que soltarme!

—Mire, según entiendo yo las cosas, en efecto, Jacob sospechó quién era yo y me trató adecuadamente. Es decir, con cariño, puesto que sabía que no debía esperar nada malo de mí, en principio. Sin embargo, aunque me trató bien, todo era una trampa, y me ha tenido en ella un determinado tiempo que él debe haber calculado, pues debía saber que en cuanto tuviese mi maletín, me costaría poco tiempo soltarme y salir del coche. Lógicamente, desde el coche vendría a la casa, donde le encontraría a usted, cosa que también estaba prevista por Jacob, para que le liberase. Es obvio que él no desea que ni usted ni yo suframos daños, y que yo le libere a usted. Pero según sus cálculos, para entonces ni usted ni yo podremos impedirle nada… Y usted, con su terca negativa a contestar a mis preguntas, está siguiéndole el juego a Jacob. ¿Lo comprende, señor Álvarez?

—Sí, pero…

—¿A qué proyectos se ha referido usted?

—¡No puedo decírselo! —gimió esta vez Álvarez.

—Pues seguiremos aquí hasta que pueda.

—¡Pero él se va a marchar, no podré acompañarle…! —José Raimundo Álvarez parecía a punto de echarse a llorar—. ¡Él ha querido ponerme a salvo, pero yo no deseo estar a salvo, sino volar con él…!

—Volar… ¿adónde? ¿A Angola?

—Sí… ¡Sí!

Brigitte Montfort, bellísima, con su verdadero aspecto, se quedó mirando fijamente a Álvarez. Luego sonrió, moviendo la cabeza.

—No. No es cierto. No piensa ir a Angola. Esos negros no han sido contratados para luchar como mercenarios en África. ¿Cuál es el auténtico plan, señor Álvarez?

—Se lo suplico, suélteme… ¡Tengo que ir con él tengo que morir con él…! ¡Se lo suplico!

—Si es inteligente, no tendrá que suplicar. ¿Adónde piensa volar Jacob? A África, no. ¿Adonde? Y sobre todo… ¿cómo se las va a

arreglar para llevar casi cuarenta hombres?

—Todo estaba previsto… Hace tiempo que hemos ido acumulando armas y explosivos. En esos momentos, Jacob, al frente de los negros contratados, habrán tomado ya por asalto uno de los aviones de carga en el Miami International Airport. En ese avión cargarán todas las armas y se trasladarán todos para… para el asalto final. ¡Y yo quiero tomar parte en ese asalto!

—Puede que lo consiga. ¿Qué piensan asaltar? ¿Adónde van a ir con ese avión de carga?

—No puedo decírselo… —sollozó Álvarez—. ¡No puedo! ¡Él me advirtió que usted querría saberlo, y me dijo que si se enteraba querría impedirlo!

—Está usted en una situación extraña, señor Álvarez. Si no me dice cuáles son los planes de Jacob, yo no le soltaré. Y si le suelto, querrá decir que conozco esos planes y, según Jacob, querré impedirlos. Creo que debe reflexionar y tomar una decisión… sin perder más tiempo.

—¡No puedo decírselo!

Brigitte se quedó mirando al cubano. Pensativa, se acarició la barbilla… y respingó al pasar un dedito por el hematoma que le había producido el golpe de Jacob Gilmore.

De pronto, palideció.

—Por Dios… ¡No es posible! ¿Jacob piensa volar a Cuba con ese avión?

José Raimundo Álvarez también palideció, y pareció quedar helado de espanto. Luego, movió la cabeza con gesto negativo.

—No… No, no…

—Claro que sí… ¡A Cuba! ¿Están locos?

—No, no… No es a Cuba, no…

—¡Claro que es a Cuba! —gritó Brigitte—. ¡Pero ustedes están locos! ¿Qué es lo que pretenden? ¿Qué pretenden hacer en Cuba con treinta y tantos mercenarios?

—Es que no… no es a Cuba, no…

—¡No diga más tonterías! ¡Por Dios! Señor Álvarez, ¿realmente están locos? ¿Qué es lo que han estado planeando ustedes durante…? ¡Durante tantos años! Porque usted también fue uno de los invasores de la Bahía de los Cochinos que fue hecho prisionero, ¿no es así? ¡Conteste!

—Sí… ¡Sí, así es!

—Fueron hechos prisioneros, estuvieron juntos allí, fueron liberados año y medio más tarde… Está bien. Al regresar aquí, su amistad estaba por encima de todo, y usted no tuvo inconveniente en ayudar a Jacob. Le ha estado ayudando, manteniendo, durante doce años…

—El… él me salvó la vida allí, en Cuba…

—De acuerdo. Entiendo que él afecto mutuo que sienten sea muy grande, y que el dinero no tenga importancia. Usted tiene dinero y él no. Pero no entiendo que un hombre como Jacob, inteligente y fuerte, abandonase la CIA para dedicarse…

—¿Abandonar? ¿Quién abandonó?

—Jacob… Él presentó su dimisión, ¿no es así?

—¡Mentira! ¡Le obligaron a presentarla! ¡Fue la CIA quien le exigió que presentase su dimisión, porque no querían hombres como él en sus filas! ¡Lo echaron a la calle, sin darle ninguna satisfacción moral ni económica! ¡Lo trataron como a un perro!…

—No es cierto, señor Álvarez. Durante seis meses, Jacob estuvo trabajando para la CIA, después de ser liberado de Cuba.

—¡Porque querían tener bien montada toda la comedia! Por el amor de Dios, ¡lo trataron como a un muñeco! En cuanto fue liberado, Jacob se presentó en Washington y dijo que tenía los primeros datos para abrir una investigación relativa al fallido desembarco en la Bahía de los Cochinos; aseguró que tirando del hilo podían llegar al ovillo…, es decir, al punto desde el cual alguien de Washington había informado a Fidel Castro de aquel desdichado desembarco. Les ofreció en bandeja el fruto de todo su esfuerzo y riesgo de su vida que había estado corriendo en Cuba durante nuestro cautiverio… ¿Y sabe usted qué hicieron los señores de Washington?

—Le hicieron descansar una temporada —susurró Brigitte.

—Así fue. Y cuando volvió a la carga, lo enviaron a Guatemala tres meses. Volvió a insistir, y entonces lo enviaron a Panamá… ¿No lo comprende? ¡Lo estaban aislando! ¡Lo enviaban a simples oficinillas rutinarias donde sólo había calor y mosquitos, y cuando se cansaron de su tenacidad, le obligaron a dimitir, lo echaron a la calle como a un perro sarnoso con el cual no conviene relacionarse!

Brigitte se pasó la lengua por los labios y bajó la mirada.

¿Conque era eso? ¿Conque se trataba de una puerca jugada más de la CIA? Un hombre les ofrecía información inicial para solucionar un enigma, y le cerraban todas las puertas, lo expulsaban…

—Sí… Eso hicieron con él los señores de Washington. Y así la pista se perdió y el desastre de la Bahía de los Cochinos quedó como un punto negro sobre el cual jamás podrá ya caer la luz. ¿Y qué cree que hicieron con Jacob? ¡La propia CIA le dijo que tuviese mucho cuidado con lo que hacía y decía por ahí! Y no sólo eso, sino que cuando Jacob intentó reingresar en el FBI, le dijeron que no podían admitirlo. Intentó emplearse en varios organismos oficiales, pero nadie lo quería. Y cuando fue a ofrecerse en una empresa privada, también fue rechazado… ¡Lo metieron dentro de una enorme caja en la que había el más espantoso vacío! ¿Por qué no tenía yo que ayudarle? ¡Era un hombre formidable entonces, y todavía lo es! Es un hombre al que hay que amar, y yo lo amo, lo he estado amando todos estos años a pesar de todo… ¡A pesar de todo!

—¿A qué se refiere?

—¿Está sorprendida o escandalizada? —Álvarez emitió una aguda risita—. Lo comprendo… Quizá está pensando que soy un homosexual que ha estado comprando a Jacob… ¿No es eso?

—No sé.

—Pero ¿qué sabe usted de Jacob? ¿Con qué clase de información humana ha venido usted al encuentro de ese hombre? ¿Qué sabe de él, dígamelo?

—Sé lo que me… lo que quisieron decirme en cierta oficina. Sólo eso.

—¿Y no sabe usted que Jacob Gilmore es mi yerno?

Brigitte quedó desconcertada, aturdida.

—¿Su…? No. No lo sabía.

—¿No le dijeron en la CIA que Jacob Gilmore había estado casado con Lucía Álvarez? ¿No le hablaron a usted de Lucía Álvarez ni de mí?

—No… No.

Brigitte cerró los ojos. Sentía una profunda angustia y, al mismo tiempo, una furia extraña en ella. ¡Claro que la CIA sabía pocas cosas sobre Gilmore y las relaciones de éste con otras personas en Miami…! Sabían exclusivamente lo que querían saber. Es decir: lo sabían todo, pero a ella sólo le habían dicho lo que habían querido,

le habían facilitado la información indispensable para que ella fuese a Miami, se enterase de los proyectos de Jacob Gilmore y los informase. La habían enviado a ella porque sabían que era la más adecuada para descubrir la verdad sin que Jacob Gilmore se tomase las cosas por la violencia. Querían saber qué tramaba el hombre al que habían arruinado por querer profundizar en ciertos asuntos. Y para saber eso, habían utilizado a ella, facilitándole la información mínima… ¡Como a un estúpido robot cuya memoria electrónica hubiese sido computada sólo para hacer determinada pequeña cosilla sin importancia!

Las sienes le latían con tal violencia, que Brigitte comprendió que debía serenarse. Una vez más la CIA jugaba las cartas a su manera. ¿Por qué sorprender ni irritarse?

Se dio cuenta de que Álvarez, ya lanzado, seguía hablando. Abrió los ojos y lo miró.

—Perdone… —murmuró—. No le he estado escuchando, señor Álvarez. ¿Qué decía usted?

—Le estaba diciendo que no comprendo que ha venido usted aquí sin saber todo lo que se podía saber sobre Jacob.

—Olvídelo. ¿Y su hija? ¿Dónde está ella?

—Se suicidó.

Brigitte palideció.

—¿Su hija se suicidó?

—Sí. La culpa fue de Jacob y mía. De los dos. Fue de los dos… No fue sólo culpa de él, sino de los dos Mía también, sí…

—¿Por qué? ¿Por qué se suicidó su hija, señor Álvarez?

José Raimundo Álvarez estuvo unos segundos mirando fijamente a Brigitte. De pronto, apretó los párpados y los ojos expulsaron las lágrimas que se habían ido acumulando. Luego, simplemente, José Álvarez siguió llorando, en silencio, como si sus ojos fuesen dos diminutos y silenciosos manantiales. Brigitte estaba tan impresionada que tardó varios segundos en reaccionar.

—Señor Álvarez… Debemos pensar en Jacob ahora. ¿Qué es lo que él piensa hacer? ¿Adónde irá con el avión de carga?

—Quiere ir a Cuba —dijo con voz sorprendentemente clara y tranquila el cubano—. Quiere ir a una finca cerca de La Habana donde sabemos que últimamente Fidel Castro todas las noches. Llevamos mucho tiempo preparando esto, estudiándolo todo.

Quiere ir a esa finca con los mercenarios, todos bien armados, y capturar a Fidel Castro. Primero le obligará a decir la verdad sobre la Bahía de los Cochinos. Luego, lo matará. Lo matará por él mismo, por mí y, sobre todo, por Lucía, porqué Castro tiene la culpa de todo… ¡De todo! Sí, eso quiere hacer Jacob… ¡Y yo quiero ir con él! Esta vez no habrá traidores, no habrá fallos…

—¿Saben eso los negros que han contratado?

—Claro que no. Creen que la primera etapa será en una pequeña isla del Caribe, donde tendrán que tomar, por las armas, una plantación para instalar allí el cuartel general de envío de expedicionarios negros a Angola. Cuando vayan a darse cuenta, ya todo estará terminado. No sabrán realmente contra quién han luchado hasta que lo hayan hecho. Luego, utilizando a Castro como rehén, Jacob conseguirá preparar la vuelta de todos, y de regreso en Estados Unidos hará polvo a los traidores de la Bahía de los Cochinos… y les entregará la cabeza de Fidel Castro.

Brigitte estaba aterrada, pero se guardó muy bien de hacérselo notar a Álvarez. Simplemente, terminó de desatarlo y lo ayudó a ponerse en pie, pensando que tenía que evitar aquella locura…

Fue entonces cuando vio ante ella a Juan José Valdés, apuntándola al pecho con una pistola. Junto a Valdés había un hombre, también con una pistola en la mano. Un poco más atrás, otro hombre, en la puerta. Los tres estaban pálidos como muertos.

Y Brigitte Montfort comprendió que, si bien ella no los había oído llegar, debido a su concentrada atención hacia las palabras de Álvarez, aquellos tres hombres sí habían oído, cuando menos, las últimas palabras del viejo cubano.

—Es mejor que deje caer su pistola, señorita —dijo con voz neutra Juan José Valdés.

Capítulo VIII

Brigitte Montfort no se hizo repetir la orden. Tiró la pistolita sobre el sofá. El hombre que estaba junto a Valdés se adelantó, la recogió y la guardó en un bolsillo. Álvarez había palidecido y miraba a Valdés con ojos, desorbitados por el odio.

Por su parte, Valdés miraba con atención a la mujer de los negros cabellos, ojos azules y piel dorada.

—¿Y usted quién es? —indagó.

—Depende, señor Valdés. Puedo ser Jennifer, o puedo ser la pelirroja que hace unas horas dio un disgusto a sus hombres. Por cierto, ¿cómo están el buen Luis y los demás? Los del coche incendiado, usted comprende.

Juanjo Valdés entornó los ojos.

—No entiendo bien lo que dice, pero ya tendremos tiempo de conversar detenidamente. Ahora lo interesante es impedir que cierto avión despegue del Miami International Airport…

—Ya no podrá —rió Álvarez—. Jacob ya debe estar en el aire, volando hacia su destino… ¡Ya nadie podrá detenerlo!

—Eso ya lo veremos —replicó fríamente Valdés; miró al hombre que tenía a su lado—. Yo voy inmediatamente a llamar a Cuba, Salvador. Regreso a Miami con nuestro coche. Tú y Ramón llevad a la choza del pantano a la mujer y a Álvarez… Quiero tenerlos vivos por si algo falla y necesitamos testigos de lo que han estado tramando los yanquis…

—¡Cómo, los yanquis!… —exclamó Brigitte—. ¿Qué quiere usted decir con eso? ¡Esto no es cosa de los yanquis, o sea, de los Estados Unidos, sino de un par de hombres que por motivos personales están intentando una locura que…!

—Cierre la boca. ¿Entendido, Salvador? Utilizad el coche que hemos visto ahí fuera para ir al pantano. Y los quiero vivos… Si es necesario, heridlos, pero no los matéis. Quedaos allí hasta que yo os

avise. ¿Está claro?

—Sí, señor —asintió Salvador.

Valdés asintió, y señaló hacia la puerta.

—Caminen.

—No puedo… —gruñó Álvarez—. He estado mucho tiempo atado, y tengo las piernas como paralizadas…

Valdés volvió a entornar los ojos, pero de pronto sonrió.

—¿Cree que me hará perder tiempo con sus tonterías, Álvarez? Está bien, mis hombres van a esperar a que sus piernas dejen de estar paralizadas…, pero yo no tengo nada más que hacer aquí. Mucho cuidado con los dos, Salvador.

—Descuide, señor.

Juanjo Valdés dio media vuelta, y abandonó la estancia. Brigitte hizo sentar en el sofá a Álvarez, y comenzó a darle masaje en las piernas, mientras miraba de soslayo a los dos hombres que les amenazaban con las pistolas. Juanjo Valdés había cometido un tremendo error al decir delante de ella que quería con vida a Álvarez y a ella misma. Un gran error. Lo importante era que no lo cometiese ella, actuando antes de tiempo…

—¿Cómo van? ¿Las siente mejor, ahora? —alzó la cabeza para mirar a Álvarez.

—Sí… Bastante mejor, gracias.

—Pues póngase en pie y camine —dijo Ramón, acercándose—. No me gusta nada permanecer aquí.

—Le ayudaré —dijo Brigitte.

—¡No necesito ayuda de nadie! —gruñó Álvarez.

—¿Puedo coger mi maletín? —lo señaló Brigitte, dando un paso hacia él.

—Quieta ahí…

Salvador movió la pistola, indicándole que debía separarse del maletín. Se acercó a él, lo abrió… y se quedó mirando lo que estaba encima de todo: la peluca pelirroja. De la peluca, su mirada, negra y fría, fue hacia Brigitte.

—¿No tendrá usted algo que ver con una hermosa mujer de cabellos rojos que ha enviado al hospital a cuatro de nuestros amigos…, uno de los cuales ha fallecido ya?

Brigitte se limitó a permanecer en silencio. Salvador asintió con un gesto, cerró el maletín y se lo quedó. Con la pistola señaló hacia

la puerta, Ramón se apartó un poco, siempre vigilante.

Segundos después, salían de la casa, directos hacia el coche de Brigitte. La oscuridad pareció absorberlos, por un instante, pero los ojos de los cuatro se acostumbraron en seguida al resplandor de la luz que salía de la casa y al contorno de las cosas que revelaban las estrellas.

—¿Dónde tiene la radio el señor Valdés? —preguntó Brigitte—. ¿En los billares?

Ramón, que iba tras ella junto a Salvador, le contestó una auténtica grosería relacionada con cierta parte de su anatomía, mientras Ramón encogía los hombros con indiferencia. José Raimundo Álvarez volvió la cabeza, y comenzó a decir:

Las palabras que utilizan los sicarios del espionaje rusocubano son…

Brigitte comprendió la reacción auténtica de Álvarez una décima de segundo tarde. Cuando intentó sujetarlo por la manga, el cubano ya estaba saltando hacia los dos hombres que les seguían pistola en mano. Sus palabras se convirtieron en un grito de furia que casi pareció un alarido de salvaje alegría. Alegría que muy pronto quedó truncada.

En la oscuridad relativa, frente a la casa, brillaron los fogonazos de varios disparos, todos ellos dirigidos contra José Raimundo Álvarez que, suspendido en el aire, pareció recibir una descarga eléctrica que le sacudió fuertemente… Todavía estaba en el aire José Raimundo Álvarez cuando Ramón ya había muerto.

Había muerto porque su cráneo estaba hendido por el tremendo golpe aplicado en lo alto por la espía internacional. Brigitte se había vuelto a medias para sujetar a Álvarez, pero, comprendiendo que ya no tenía tiempo de ello, y que era inevitable que le disparasen, y quizá también a ella, debido a la pedida del control de la situación, acabó de volverse, cerró su puño derecho, y lo descargó como una maza sobre el *tento* de Ramón[2].

Se oyó el crujido del hueso, Ramón cayó muerto instantáneamente, y eso fue todo.

Todo, en cuanto a Ramón se refiere, ya que Salvador dejó de disparar contra Álvarez y desvió la pistola para apuntar a Brigitte… Aún no había terminado de hacerlo cuando la pistola salió por el aire, a más de cinco metros, debido al formidable puntapié que

Baby descargó contra la mano del cubano.

Mientras la pistola subía, y José Raimundo Álvarez caía de espaldas, como muerto, Salvador lanzaba un grito de sorpresa y alarma…, y Baby saltaba hacia él.

Fue un combate absolutamente desigual, injusto. Implacable y cruel.

Uno de los contendientes sabía que iba a ganar. El otro «creía» que tenía que ganar por el simple hecho de que su adversario era una mujer. Lo que no esperaba, en modo alguno, era que la mujer, con el primer golpe, dirigido en realidad a la cabeza, le partiese la clavícula como si fuese un fideo. Y quizá todavía con más intensidad, la furia ante aquel hecho insólito.

¿Realmente una mujer le había producido aquel dolor que le estaba atravesando el hombro como si le hubiese clavado allí una espada?

Barbotando una maldición repugnante, hizo lo contrario de lo que le convenía. Esto es, que en lugar de retroceder y sacar del bolsillo la pistolita de cachas de madreperla, quiso castigar de modo más directo y ejemplar a la mujer que se atrevía a agredirle. Pese a la clavícula rota, adelantó los dos brazos hacia Brigitte, dispuesto a agarrarla entre ellos y a triturarla.

Le rompería la espalda, eso haría…

En lugar de encontrar entre sus brazos a la mujer, notó un tirón precisamente en el brazo de la clavícula rota. El dolor fue de tal intensidad que casi se mareó. La cabeza le dió una serie de vertiginosas vueltas, los oídos le zumbaron… Luego, pareció que la cabeza le estallase, como metida dentro de un gran barril metálico…

Nunca supo que había sido proyectado contra el coche por un espectacular *harte goshi* de judo. Ni siquiera supo que había sido alzado, arrojado por un movimiento de cadera a más de cuatro metros de distancia. Ni supo que su nariz se había roto contra la plancha metálica del coche, ni que se fracturó un pie al caer en pésima postura…

Sólo supo que en alguna parte de su cuerpo, o quizá en todo su cuerpo, estaba sintiendo un electrizante dolor, y que la humillación ponía una niebla ante sus ojos. Así pues, cuando cayó junto al coche con un pie poto, la nariz destrozada, la clavícula partida y todo su

orgullo varonil convertido en astillas, Salvador no pudo pensar más que en la pistolita que tenía en un bolsillo.

La sacó, y…

Y recibió de lleno en la frente el punterazo. Su cabeza fue de nuevo a chocar contra el coche, rebotó, y antes de llegar de bruces al suelo ya estaba muerto.

Brigitte Montfort ni siquiera le hizo caso. Corrió junto a Álvarez, que yacía de bruces, y le dio la vuelta, suavemente.

—Señor Álvarez… ¡Señor Álvarez!

—La…, la estoy oyendo, no… no he muerto… todavía.

—No ha debido hacerlo. ¡Debió dejarme este asunto a mí!

—No… Jacob me dijo…, me dijo que usted…, usted es la única mujer en el mundo por la que vale la pena hacer algo…, aparte de mi pobre Lucía, claro está… ¿No sabe…, no sabe lo que…, lo que le pasó a Lucía?

—Se suicidó. Ya me lo dijo antes. Mire, es mejor que permanezca callado. Vamos a salir inmediatamente hacia el Miami International Airport, por dos motivos importantes. Uno de ellos es que allá le atenderán a usted, en la enfermería. El otro es que tengo que impedir que Jacob haga esa tontería… Especialmente ahora que Valdés debe estar llamando por radio, avisando que llegará un avión de carga con un loco o varios locos a bordo… Le harán trizas desde tierra, señor Álvarez. O quizá enviarán una escuadrilla de cazas a su encuentro… De modo que tenemos que llegar a tiempo. ¿Cree que podrá resistirlo?

—Usted… no tiene derecho… a impedir que Jacob cumpla su objetivo… en la vida…

—Deje de decir tonterías. ¿Acaso piensa que morir es un objetivo?

—Para él, sí…

—¡Oh, por Dios, cállese!… Agárrese fuerte a mí. No tema mancharme de sangre… Eso es… Sólo tenemos que llegar al coche, se sienta usted, y lo demás correrá de mi cuenta…

Con su extraordinario vigor, que a tantos hombres había sorprendido, Brigitte ayudó a Álvarez a llegar al coche, lo sentó junto al volante, y tras recoger su maletín y arrebatarle su pistolita a Salvador, acudió a sentarse ante el volante. Un instante después el coche partía, zumbando fuertemente su motor.

—Ya no hay tiempo —rió Álvarez—. Ya no hay tiempo de nada… ¡Je, je, je! ¡Al menos, Jacob lo hará!

Brigitte le dirigió una hosca mirada, y apretó los labios. Tras unos segundos de reflexión, desvió el coche a un lado del camino y frenó. Del maletín sacó la radio de bolsillo, ya con la onda de la zona de Miami en sus placas, y apretó el botoncito de llamada.

—¿Sí?

—Baby, en Miami —dijo—. Quiero…

—No corra tanto. ¿Quién se ha creído que es?

—He dicho ya quién soy: Baby. Y ahora, escuche esto, Simón: como bien sabe usted, amo a todos los Simones, y nunca haría nada que perjudicase a cualquiera de ustedes; ahora bien, si usted va a ponerme dificultades, y por su culpa algo sale mal, le garantizo para siempre el rencor de Baby. ¿Me he explicado bien?

—Sí… Sí. ¿Qué hay que hacer?

—¿Cuántos hombres podemos reunir en Miami en cinco minutos?

—¿En cinco min…? Bueno, siete u ocho, como máximo.

—Reúnalos. Cuatro que vayan al Miami International Airport, y otros cuatro al 88 de North East 24th Street. Allá hay unos billares y bolera que pertenecen a un tal Juanjo Valdés…

—¡Ah, sí! Conozco el sitio. Ese Valdés es un gran tipo.

—¿Un gran tipo?

—Quiero decir que es un buen elemento, que en muchas ocasiones nos ha sido de gran utilidad.

Baby se estremeció ligeramente. Jacob Gilmore había tenido razón, y ella lo había sabido en todo momento, desde luego: no hay mejor espionaje, no hay espionaje más implacable que el que se ejerce sobre la persona, sobre el individuo. ¡Valdés había sido de *gran utilidad* a la CIA en muchas ocasiones…!

—Está trabajando para el espionaje rusocubano.

El comunicante de Brigitte estuvo silencioso un instante de más, antes de preguntar:

—¿Quién?

—Valdés.

—¿Valdés?

—Juan José Valdés, sí.

—¡Dios…!

—Simón, escúcheme atentamente. En estos momentos estoy camino de Miami, desde una granja situada al norte, cerca de Dania. Mientras yo llego, quiero que algunos de ustedes vayan al Miami International Airport, y los demás a los billares de Juanjo Valdés, con el fin de…

Baby Montfort dio las debidas instrucciones a Simón, cerró la radio, la guardó y sacó la peluca pelirroja, que se puso de nuevo, así como las lentillas de color verde. De ninguna manera le interesaba que la señorita Brigitte Montfort fuese vista en el Miami International Airport tomando decisiones, dando órdenes.

Cuando terminó de arreglarse se contempló por última vez en el retrovisor. Asintió, y se dispuso a apagar la luz. En ese momento se dio cuenta de la postura de José Raimundo Álvarez. Una postura rígida. Incómoda y rígida. Y los ojos, tan abiertos, fijos hacia adelante, como queriendo mirar lejos, muy lejos en la oscuridad de la noche.

—Señor Álvarez…

Pasó una mano ante sus ojos, que permanecieron inmóviles. Como si fuesen de cristal. Ya no hacía falta más, pero Brigitte puso las yemas de dos deditos en un lado del cuello del cubano.

—Lo siento —murmuró.

Bajó los párpados, y recostó el cadáver de Álvarez en la portezuela de su lado. Visto desde el exterior, cualquiera que viese al cubano tenía que pensar que iba dormido. Simplemente, dormido; eso era todo.

Arrancó de nuevo, dispuesta a llegar cuanto antes al aeropuerto de Miami. Quizá ya no sirviese de nada, pero tenía que intentarlo.

Capítulo IX

Apenas llegar al aeropuerto se dio cuenta de que algo especial estaba ocurriendo. Y lo que por una parte la alarmó, por otra la tranquilizó: la tensión reinante le hizo comprender que el avión que Jacob Gilmore había secuestrado, aún permanecía en tierra.

No tuvo la menor complicación para ponerse en contacto con Simón-Miami, porque éste se hallaba esperando la llegada de una hermosa mujer. Cuando vio a la pelirroja vaciló un instante, pero ella detuvo el coche ante sus pies, y se apeó rápidamente.

—¿Simón?

—¿Baby? Llegamos demasiado tarde… ¡Ese chiflado tiene secuestrado un avión de carga!

—Pero no ha despegado —suspiró Brigitte.

—¿Cómo demonios había de hacerlo, si el muy cretino se ha metido en un avión sin carga alguna, que acababa de ser revisado, y que no tiene combustible ni para llegar a Miami Beach?

—Menos mal —sonrió Brigitte—. Intentaré…

—¿Menos mal? Bueno, usted no lo sabe; tiene a seis rehenes a bordo. Hay un piloto de la American Airlines, cuatro empleados de las pistas y una azafata de vuelo. Cuando se dio cuenta de que había metido la pata, se apoderó de esas seis personas…, y sólo las devolverá si le llenan los depósitos de carburante y le dejan la pista libre para despegar. Todo está lleno de policías, y han venido algunos hombres de una brigada especial del FBI, armados con rifles de precisión. Están en contacto con él por medio de la radio del avión.

—Vamos allá.

—No me parece prudente que usted se acerque a ese loco, la verdad. ¿Y ese otro? —señaló a Álvarez—. Parece que… Bueno…

—Sí. Está muerto. ¿Qué ha pasado exactamente?

—Todo el mundo está hecho un lío, así que las noticias son muy

confusas. Al parecer, nuestro ex compañero apareció en las pistas apoyado por unos treinta hombres, todos ellos negros, y tomaron por asalto el avión. Al saber que no había combustible, y que las cosas se iban a complicar, muchos de los negros abrieron la compuerta del avión y escaparon. Han desaparecido. Dentro del avión han quedado apenas una docena, pero desde luego están muy bien armados. Creo que cargaron una gran cantidad de cajas que aseguran que están llenas de explosivos y granadas. En resumen, ese avión es una bomba gigante, con seis rehenes dentro y en manos de un loco. Como usted comprenderá, todos los vuelos han sido suspendidos, varios aviones que se dirigían hacia aquí han sido desviados desde la torre de control, y ha sido inevitable la intervención de la policía… No sé cómo vamos a arreglar esto, la verdad.

—Lo arreglaremos. ¿Tenemos noticias de los billares?

—Todavía no.

—Está bien. ¿Puede usted conducir este coche por las pistas, hasta llegar junto al avión que tiene secuestrado Gilmore?

—Sí, claro. Avisaré a un amigo de la policía, y nos precederá hasta allí. El avión está rodeado, por supuesto.

—Lo comprendo.

Simón fue en busca de su amigo de la policía. Poco después conducía el coche de Brigitte detrás del policial. Aparecieron en las pistas, y en seguida vio Brigitte el avión. Estaba quizá a un cuarto de milla de la Parking Area, completamente iluminado por las luces de los coches que lo rodeaban. Simón condujo sin prisas, pasando muy cerca de uno de los canales, en dirección al edificio de administración de la Eastern. Entre éste y la terminal general de pasajeros estaba el avión de carga.

Por fin, Simón detuvo el coche y se volvió, para mirar a Brigitte, que iba en el asiento de atrás.

—No es prudente acercarse más. Esos negros pueden disparar.

—Comuníquense con Gilmore por medio de la radio. Díganle que soy Baby y que le traigo el cadáver de José Raimundo. Díganle también que tiene que recibirme, y que si este asunto puede solucionarse a su favor, sólo yo puedo proporcionarle esa solución.

—Será un idiota si no lo cree —asintió Simón.

Se apeó del coche y fue hacia el de la policía que les había

precedido. Entró en éste, y se alejaron hacia la torre de control, desde donde conversaría con Jacob Gilmore. Brigitte encendió un cigarrillo, y salió del coche, tras dirigir una mirada a José Raimundo Álvarez. Se sentía deprimida y enfurecida al mismo tiempo. La depresión, era debido a sus pensamientos sobre aquellas vidas, aquellas pobres gentes: Álvarez y Gilmore… Y otros muchos que habían sido sacrificados de tantas y tantas maneras. Recordó la información que había recibido en el despacho de *mister* Cavanagh, y eso fue lo que le enfureció. ¿La había engañado míster Cavanagh, o tampoco él había sido informado de la verdad? En otras ocasiones, Cavanagh la había engañado, pero Brigitte sabía que no había sido así en esta ocasión. No, no en esta ocasión, en la que se estaba decidiendo el futuro de un hombre que había sido un Simón, a fin de cuentas… No. En esta ocasión, también Cavanagh había sido engañado por la «alta dirección» de la CIA. Engañado, aunque sólo fuese por omisión de información…

¿Y a qué los estaba llevando todo aquel asunto? A saber que también en el asunto de la Babia de los Cochinos había habido suciedad hasta el techo, y que Rusia y China estaban instalando una red de espionaje físico que abarcaría el país paulatinamente, sin prisas… y sin pausas. El tiempo pasa, el tiempo vuelve.

Pero sobre todo, Brigitte *Baby* Montfort estaba recibiendo, una vez más, la gran lección del espionaje: nada era verdad, no era posible confiar en nadie, no era de cuerdos creer que en algún momento se poseía la verdad sobre determinado asunto. Y como siempre, el que perdía en aquella clase de partida era siempre el que creía que algo era verdad, que algo valía la pena… En este caso, Jacob Gilmore, y su suegro, José Raimundo Álvarez. Su suegro… ¿Por qué se había suicidado Lucía Álvarez?

Simón regresó, y nada más ver su gesto de alivio al verle salir del coche, Brigitte comprendió.

—Gilmore la recibirá —dijo el agente de la CIA—. A usted sola, desde luego. ¿Va a ir?

Baby le miró sorprendida.

Al llegar al pie de la escalerilla, subió, y segundos después desaparecía dentro del avión.

Delante de ella estaba el propio Gilmore, mirándola con tensa expresión.

—¿Qué ha ocurrido con José? —preguntó con voz aguda.

—Ha muerto.

—Pero no le mató usted.

—Claro que no. La verdad es que no sé si realmente pensaba que podría escapar de los hombres de Valdés, o se sacrificó voluntariamente para que yo pudiese escapar y advertirle a usted.

—Advertirme… ¿de qué?

—En estos momentos, en La Habana ya deben saber que Jacob Gilmore, con un avión cargado de negros, se dispone a aterrizar en alguna parte de la isla con el objeto de tomar por asalto determinada hacienda donde está Fidel Castro, para capturarlo e interrogarlo y, finalmente, darle muerte. Valdés habrá informado de esto por radio de una emisora que supongo que tiene instalada, hace tiempo, en los billares.

Mientras la pelirroja hablaba, notaba el nerviosismo de los negros que estaban cerca de ellos, armados de metralletas y con macutos colgando en bandolera, seguramente conteniendo municiones y granadas de mano. Por fin, uno de los negros barbotó:

—Usted no nos dijo eso, señor Gilmore. ¡Usted no habló de Cuba para nada! Y además, si ya nos están esperando…

No dijo nada más. Ni era necesario… No había allí nadie tan obtuso que no comprendiese que jamás conseguirían aterrizar en Cuba, que el avión sería derribado en cuanto se acercase a la isla. Gilmore miró a los pocos hombres que se habían quedado apoyándole y sonrió con un gesto torcido, frío.

—Todos ustedes, incluso los que ya han desertado, cobraron un anticipo de manos del señor Álvarez, ¿no es así?

—Sí, señor, pero…

—Quédense con su dinero —cortó Gilmore—. Y entiendo que quieran marcharse. Sólo voy a pedirles que trasladen antes al avión el cadáver de José Raimundo Álvarez.

Instintivamente los negros miraron a la pelirroja, que asintió con un leve gesto, Luego señaló a los seis rehenes, que se agrupaban hacia popa, bajo la vigilancia de dos de los mercenarios negros.

—Ellos también deben abandonar el aparato, Jacob.

—¿Ellos? ¿Por qué? Son mi garantía de que…

—Usted ya no tiene más garantía que yo misma, Jacob. Lo que no consiga por mediación mía, no lo conseguirá por mediación de

nada ni nadie. ¿Qué es, exactamente, lo que quiere?

—Quiero combustible suficiente para llegar a Cuba.

—¡Pero hombre de Dios!… ¿Todavía insiste en ir a Cuba?

—Sí.

—¿Con qué tripulación? ¿Quién va a ayudarle a pilotar un aparato que va a ser derribado antes de llegar a la isla?

—No necesito ayuda de nadie; puedo arreglármelas solo.

Brigitte le miró dubitativa. Se acercó al piloto rehén, mirándole inquisitiva.

—¿Eso es posible con este aparato? —musitó.

—Sí, puede hacerlo.

—Está bien. En ese caso, vaya usted mismo a solicitar el combustible para el vuelo. Uno de mis compañeros de la CIA le acompañará, le avisaré ahora mismo. Olviden el avión y toda la cuestión económica: la CIA se hace cargo de todos los gastos, incluido el de la posible pérdida del avión, con tal de salvar las vidas de todos ustedes. Dígalo así a la prensa, a la televisión… Y quiero los depósitos de este avión llenos de combustible antes de media hora. ¿Tiene usted alguna duda?

—No —tragó saliva el piloto—. No, ninguna…

—Vaya a cumplir su parte. Y ustedes —Brigitte se volvió hacia los mercenarios—, salgan del avión en cuanto yo haya hablado con mi compañero. Traigan el cadáver del señor Álvarez y luego desaparezcan. No quiero volver a verles. ¿Está claro?

Hubo movimientos afirmativos de cabeza. La pelirroja acudió a la radio de bolsillo.

—¿Sí?

—Simón, van a salir los mercenarios. Traerán al avión el cadáver que hay en el coche; luego, se irán. No tienen que ser molestados. Advierta esto a todos. Luego, acompañe al piloto para dirigir el asunto del combustible.

—¿Se lo vamos a dar?

—Sí.

—¿No puede arreglarlo de otro modo?

—No —mintió Baby, y cerró la radio.

Se quedó mirando a Gilmore, que había comprendido perfectamente su situación: los mercenarios le estaban abandonando, así que estaba en realidad a merced de Baby. Él tenía

una metralleta en las manos, cierto, pero eso no le servía de nada; por un lado, Baby sabía que él no la mataría; por otro lado, si lo hacía jamás conseguiría el combustible, ni tendría la menor posibilidad de conseguir cualquier otra cosa que no fuese morir. Estaba en manos de ella y lo sabía. Sin embargo, ella le estaba proporcionando el combustible…

En cinco minutos, parte de la situación quedó aclarada. El cadáver de José Raimundo Álvarez fue subido a bordo, y los negros desaparecieron de escena. En el avión quedaban ya solamente cinco rehenes, Gilmore y Baby. Esta, que contemplaba a Gilmore mientras él permanecía arrodillado ante Álvarez, se volvió hacia los desconcertados rehenes y les hizo una seña hacia la salida del avión. No tuvo que esforzarse para que la entendieran, desde luego, y abandonaron a toda prisa el avión. Gilmore ni siquiera pareció darse cuenta de ello. Sólo alzó la cabeza cuando oyó la voz de Brigitte:

—¿Sí?

—¿Qué pasa? —exclamó en la radio la voz de Simón—. ¡Los rehenes han salido todos!

—No pasa nada. Todo va bien, se supone.

—Bueno… Sí, claro. Pero… ¿qué hacemos? ¿Continuamos con lo del combustible?

—Naturalmente. ¿Es que mi vida no vale nada? ¿Es que mi palabra no vale nada?

Cortó la comunicación. Gilmore la estaba mirando fijamente. De pronto, dejó la metralleta a un lado y se sentó junto a Álvarez, acariciando la ya fría frente sobre la que caían los grises cabellos.

—No se puede decir que les haya traído mucha suerte a los Álvarez —musitó.

Brigitte fue a sentarse frente a Gilmore, quedando entre ambos el cadáver de José Raimundo Álvarez, que ella señaló.

—Él me contó casi todo. ¿Sabe usted que vine a Miami sin conocer realmente la verdad sobré usted, Jacob?

—Hace muchos años que estoy muerto —susurró Gilmore—. Desde el mismo día en que…

—¿En que su esposa se suicidó? Esto también me lo ha dicho su suegro, Jacob. ¿Se ha sentido usted muerto, desde entonces? ¿Todo su sistema de vida, durante doce años, ha estado… condicionado

por el suicidio de su esposa?

—Sí.

—¿Se considera culpable de ese suicidio?

—Lo soy. Y José también. Los dos fuimos culpables.

—Eso dijo él, en efecto. ¿Qué pasó, exactamente?

—Le dije a Lucía que no la amaba.

—¿Había dejado de amarla?

—No —Gilmore la miró sobresaltado—. ¡Por Dios, claro que nunca he dejado de amar a Lucía! Era tan delicada, tan angelical, tan hermosa… Era hermosa por dentro y por fuera. Creo que lo era aún más por dentro que por fuera. La amaba tanto, que estuve a punto de matarme cuando la vi muerta… Pero entonces pensé que debía hacer… algo más positivo que matarme, que suicidarme. Y no he sabido ni podido hacerlo. No supe morir a tiempo, ni en Bahía de los Cochinos, ni durante el cautiverio, ni cuando murió Lucía… No he sabido morir a tiempo, ni he sabido vivir a tiempo. En realidad, me estoy preguntando si estoy vivo, si he vivido alguna vez, o bien si todo esto no es más que el sueño de una persona que está… soñando conmigo. Yo debo ser irreal, debo ser la pesadilla de una persona feliz que está soñando con un infeliz… ¿Quiere saber por qué se suicidó Lucía?

—Me gustaría —susurró Brigitte.

—Cuando desembarcamos en Cuba, fuimos recibidos a balazos… Fui de las primeras víctimas. Debí morir entonces, pero ni siquiera esa suerte tuve. Durante más de tres meses estuve gravísimo en un hospital cubano. Tardé todo ese tiempo en saber que la ráfaga; de balas que me había acertado a la altura de las ingles me había inutilizado como hombre. Como me habían salvado la vida y creían que debía estarles agradecido, me contaron lo que había ocurrido: las balas destrozaron mis órganos genitales, dejándolos convertidos en unos pocos pingajos. Lo primero que hicieron al recibirme en un hospital, fue… cortar todo lo que colgaba. Cuando usted se ofreció a mí, no sé si sinceramente o sabiendo la verdad, estuve a punto de echarme a reír… Su oferta era la misma que significaría ofrecerle manzanas a un león; o quizá esté mejor decir, carne a un conejo… Pero hace años, cuando nos libertaron a los que habíamos sido apresados cuando el asunto de la Bahía de los Cochinos, no tenía ningún deseo de reír. Habíamos hablado del asunto José y yo… Su

hija, mi esposa, nos estaba esperando en Miami, y como era natural, esperaría recuperar íntegramente a su marido… Sí, José y yo estuvimos reflexionando mucho sobre esto… Así que le mentimos a Lucía.

—¿Le mintieron? ¿De qué modo?

—Le dije que no la amaba. Sí… Nos estaba esperando. ¡Por Dios!… Creí que me moría al verla…, y creí que me moría cuando, ya en casa, le dije que ya no la amaba, y que debíamos divorciarnos. Contaba con la complicidad de José, que le dijo a su hija que, en efecto, en Cuba me había enamorado de otra mujer, y que pensaba volver a por ella. Queríamos…, queríamos que Lucía se separase de mí, y que no tuviese remordimiento alguno por rehacer su vida junto a otro hombre… que lo fuese de verdad. Queríamos que ella fuese feliz y que nunca supiese la verdad. Sabíamos que mis palabras iban a dolerle, ésas son cosas que pasan con el tiempo, y ella sería feliz muy pronto, cuando me olvidase, creyendo que me había ido con otra mujer… Esas eran nuestras intenciones. Yo me fui de casa aquella misma noche, a un hotel. Por la mañana me llamó José: había encontrado a Lucía muerta, en nuestra cama. Se había tomado dos tubos de no sé qué tipo de somnífero… y nunca despertó. ¡Dios mío, nunca despertó, nunca…!

Pareció que a Jacob Gilmore se le hubiese terminado la cuerda. Se quedó silencioso e inmóvil, con la mirada perdida en un punto invisible, mientras las lágrimas iban deslizándose por sus mejillas.

Frente a él, la espía más peligrosa del mundo también permanecía inmóvil y en silencio, notando aquella profunda sensación de angustia… La situación era, en verdad, irreal. Afuera, cientos de personas estaban pendientes de lo que sucedía en aquel avión. Había periodistas, policías, empleados de televisión, curiosos, agentes del FBI y de la CIA… Mientras la imagen de aquel avión «secuestrado» era enviada a todo el país en directo, dentro del aparato dos espías estaban en silencio, con lágrimas en los ojos, convertidos en dos seres desvalidos, acongojados. Dos simples seres humanos que en cualquier momento podían ser aniquilados por el dolor. Por el dolor de amar…

Bip-bip-bip-bip…

Brigitte Montfort se aclaró la garganta, antes de musitar:

—Adelante, Simón.

—¿Qué pasa? ¿Todo va bien?

—Sí… Todo va bien. ¿Y el combustible?

—Lo van a cargar ahora… si no ha cambiado usted sus planes.

—No. No hay cambio de planes. Que carguen el combustible y que despejen las pistas.

—Bien. ¿Ha tomado ya una decisión, respecto a lo de Valdés?

—¿Lo de Valdés? ¿No lo están vigilando en los billares?

Hubo un momento de prolongado silencio.

—Ya me extrañaba a mí que usted no hubiese intervenido en la conversación… Pero supongo que oyó lo que me decía nuestro compañero hace unos minutos.

—No… No. No he podido atender la radio en estos últimos minutos —mintió Brigitte, que ni siquiera había oído la llamada, inmersa en la historia de Jacob Gilmore—. ¿Qué ha ocurrido?

—Pensamos que Valdés debió escuchar por la radio o ver por televisión que intervenía una mujer pelirroja, y tuvo que comprender que las cosas marchaban mal para él. Así que intentó escapar de los billares.

—¿Está muerto?

—Digamos que… Bueno, al parecer hizo todo lo necesario para que nuestros compañeros no tuvieran más remedio que dispararle.

—Está muerto, entonces.

—Sí… Están ahora buscando la emisora en los billares, y cualquier otra clase de datos, pruebas… En fin, todo.

—No encontrarán nada —movió la cabeza Brigitte—. Nada. Pero iré allá en cuanto el avión haya despegado.

Brigitte cerró la radio y miró a Gilmore, que la miraba con expresión apacible.

—¿Piensa dejarme partir? —preguntó.

—Así es, Jacob, si usted lo desea.

—Sí, lo deseo.

—Valdés debe haber avisado. Le derribarán.

—Quizá no. Quizá consiga lanzarme con el avión sobre la hacienda donde sé que está Fidel Castro.

—Si hiciese eso, podrían pensar que la CIA lo estaba intentando de nuevo.

—¿Usted quiere que no lo haga?

—En estos momentos, no deseo que las cosas se compliquen

más. Por lo tanto, no deseo que mate a Fidel Castro, ni a nadie. Pero eso no importa, porque me consta que usted jamás llegará a Cuba. Todavía estará sobre el mar cuando los cazas cubanos le derribarán, así que las consecuencias directas de, su decisión no me preocupan… Sólo me pregunto si, realmente, desea morir.

—¿Qué hago en la vida?

—¡Por el amor de Dios!… ¿Que ha de hacer, sino vivir? Este puede ser su tiempo de vivir, Jacob.

—¿Para qué?

Brigitte Montfort parpadeó. Luego, se quedó mirando fijamente a Jacob Gilmore. Finalmente, se pasó la lengua por los labios y cuando iba a decir algo, él la atajó con un gesto.

—No se esfuerce. Seguramente tiene argumentos para convencerme de que es llegado mi tiempo de vivir. Usted podría convencerme, Baby… No me han dejado vivir… ¿Va a negarme usted el derecho a morir?

Brigitte Montfort, alias Baby, cerró los ojos y dejó que su barbilla cayese sobre su pecho.

No tenía nada que decir.

Este es el final

—… Luego, llegó el camión cisterna con el combustible, y los depósitos fueron llenados. Yo salí del avión, y Jacob Gilmore cerró la compuerta. Era cierto que sabía arreglárselas solo para pilotar aquel aparato. Lo tenían planeado todo hacía tiempo, así que quizá incluso tenían prevista esa necesidad… Advertí a todos que si intentaban boicotear el despegue del avión, él lo lanzaría contra el aeropuerto, o si lograba alzar el vuelo caería sobre la ciudad, así que no fue molestado. Cuando ya se hubo marchado, fui con Simón a los billares de Valdés. Los otros Simones habían encontrado el lugar donde estaba oculta la emisora… Una hora después, hubo una llamada, que atendió Simón. Le dijeron que el avión de carga norteamericano había sido derribado a quince millas de la costa norte de Cuba. Entonces nos fuimos de allí. No habíamos encontrado nada… pero el espionaje sigue. El espionaje humano. Entonces, si nosotros despreciamos a las personas a cambio de máquinas, dentro de muy poco seremos vencidos. Y todavía seremos vencidos con más facilidad, si nosotros mismos destrozamos a nuestros hombres. No tengo nada más que decir, señor.

Míster Cavanagh adelantó una mano, y detuvo la marcha del pequeño magnetófono en el que Brigitte *Baby* Montfort había grabado su informe. Luego miró a la espía, que estaba sentada ante él, en uno de los confortables sillones.

—No sabía la verdad —murmuró—. Yo tampoco, Brigitte. ¿Me cree?

—Sí.

—Bien… Todo ha sido muy lamentable. Hemos tenido que pagar un avión, pero hemos desorganizado una importante red de espionaje que se estaba instalando…

—Y hemos acabado de destruir a un hombre.

—Sí.

—¿Se da cuenta, señor, de que algún día, quizá alguien decida destruirme a mí… o a usted?

—Sí. Supongo que eso la entristece.

—Así es. Pero aún me entristece más la idea de no morir a tiempo, de vivir sin estar vivo todos estos años, como ha estado viviendo. Jacob Gilmore. Estar muerto de odio, señor, es peor que estar muerto de verdad.

FIN

Notas

[1] El «Blackcolor» es un suero ya utilizado en varias ocasiones por Baby, que da temporalmente una pigmentación negra a la piel.
< <

[2] Punto del cráneo donde al aplicar un golpe adecuado, *atemi*, se provoca la muerte instantánea con relativa facilidad. < <